

234  
La novela  
TEATRAL



EDUARDO YÁREZ

20 cts.

El zapatero y el Rey  
(primera parte)  
drama en cuatro actos  
DON JOSE ZORRILLA

G-F 7643

JOUAT  
1924

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 488

## Sumario de obras publicadas en la novela TEATRAL.

- GALDOS.**—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La le San Quintín.-\*Sor Simona.
- BEHAVENTE.**—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su juda.-209. Más fuerte que el amor.-\*La princesa Bebé.-233. El dragón de fuego.
- QUINTERO.**—65. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-\*\*Pepita Reyes.
- GUIMERA.**—113. María Rosa.-114. Tierra baja.-196. Agua que corre.
- LINARES RIVAS.**—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodes de plata.
- MARTÍNEZ SIERRA.**—29. Primavera en Otoño.-\*\*El ama de la casa.
- TAMAYO Y BAUS.**—136.-Un drama nuevo. 210. La bola de nieve. 186. Launces de honor. 149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.
- DICENTA.**—6. El lobo.-14. Sobrevivirse. 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-80. Daniel.-69 Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-. Juan José.
- ZORRILLA.**—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)
- VILLAEZPESA.**—10. El rey Galao.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-55. La leona de Castilla.-117. El Halconero.-\*\*El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.-228. Judith.
- MARQUINA.**—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-281. El Retablo de Agreilano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.
- RAMOS CARRION.**—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.
- VITAL AZA.**—32. Francfort.-33. La Rebo-
- dica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Precito.
- RAMOS CARRION-VITAL AZA.**—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Kobo en despojado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.
- ECHEGARAY (Miguel).**—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El día de la Africana.-91. La Raolera.-115. Los demonios en el cuerpo. 178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo no mentir.
- ARNICHES.**—2. La sobrina del cura. 11. La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Dolores.-21. La señorita de Trévez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.
- ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.**—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górriz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.
- GARCIA ALVAREZ-MU OZ SECA.**—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.
- PASO-ABATI.**—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.
- PEERIN-PALACIOS.**—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gómez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Certamen libre.-\*Cinematógrafo Nacional.-218. Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-223. Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

## COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55.-Miguette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militates y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carrillo.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vaia.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-196. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la Corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.-220. Los pironos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer

(Continúa en la penúltima página.)



# EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS. ORIGINAL DE

## DON JOSE ZORRILLA

PERSONAJES

TERESA. - DONA ALDONZA CORONEL. - DON PEDRO. - DON JUAN. - DIEGO PEREZ. -  
 BLAS. - DON JUAN DE COLMENARES. - SAMUEL LEVI. - DON JUAN ROBLEDO. - DON  
 ALBAR PEREZ DE GUZMAN. - DON DIEGO GARCIA DE PADILLA. - UN EMBAJADOR DEL  
 REY DE GRANADA. - UN CONJURADO. - UN HOMBRE DEL PUEBLO  
 Ballesteros de la guardia del rey.

## ACTO PRIMERO

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio, Es de noche:

*Blas y Teresa.*

TER.—Sí, sí, cierra la ventana,  
 que hace una noche...

BLAS. Muy buena  
 para empezar una ronda.

TER.—¡Vaya, y diluvia!

BLAS. Por fuerza

si hoy es constante.

TER. ¡Qué pelma!

BLAS.—Vive Dios, que es un mancebo  
 que vale un mundo, Teresa;

ni valientes le intimidan,

ni temporales le arredran.

Con su espadón en el cinto

y su malla sempiterna,

no hay quien le tosa en Sevilla,

si como ronda pelea.

TER.—Siempre te me estás burlando.

BLAS.—¿Yo burlarme? No lo creas;

si la verdad no te digo

en la vida hablé de veras.

¿Crees tú que entrar le dejara

en casa, si no creyera

que es un soldado valiente?

TER.—¡Dios mío! *(Sobresaltada)*

BLAS. ¿Qué fué, Teresa?

TER.—Sería aprensión.

BLAS.

Sería.

TER.—Creí que abrían la puerta.

BLAS.—Lo que tú tienes es miedo.

TER.—Ojalá no le tuviera;  
 aunque en tal caso, mi Blas,  
 gran ventaja no me llevas.

BLAS.—¿Cómo?

TER. Anteanoche temblabas.

BLAS.—¿Cuándo?

TER.—¿Cuándo?... ¿No te acuerdas?

BLAS.—No a fe.

TER. Cuando aquella mano

que, asiéndola por las rejas,

cerró a golpe la ventana.

BLAS.—Algún hidalgo tronera

que a su casa volvería

con tres o cuatro botellas.

TER.—¿Y aquellas voces que oímos?

Di. ¿Y el son de las cadenas?

BLAS.—¡No lo mientes!

TER. ¡Virgen santa,  
 qué noche tan cruel fué aquella!

Rodaba todo el infierno

por el atrio de la iglesia.

BLAS.—¿Lo viste tú?

TER. ¿Yo? En la cama

me di mil veces por muerta,

y no me atreví de miedo,

ni a rebullirme siquiera.

Pero Juanito me dijo

CB. 1168238

t. 98149

que él asomó la cabeza por la rejilla, mucho antes que a cerrárnosla vinieran, y vió...

BLAS.—¿Qué vió?

TER. Seis fantasmas;

cuatro blancas y dos negras.

BLAS.—Hablemos, si te parece, con formalidad, Teresa.

TER.—Pero no dejes la obra por hablar.

BLAS. Enhorabuena.

Sigo con ella y escucha:

Aunque yo, en verdad, no tenga miedo a los muertos, sea dicho con la debida cautela, por no tenerlos vecinos he echado a solas mis cuentas.

TER.—Y a fe que la vecindad no es muy grata.

BLAS. Estame atenta.

Puesto que van ya tres noches que esos muertos se revelan, y con sus danzas nocturnas dormir en paz no nos dejan, pienso ir, si padre consiente, a otro barrio con la tienda.

¿No te parece? Y mañana...

TER.—¿Mañana? ¡Soberbia idea!

BLAS.—Cuanto más pronto mejor.

TER.—Sí, sí, porque el miedo arrecia. Yo, la verdad, ni una noche duermo un minuto serena.

BLAS.—Pues yo sueño con los diablos y los duendes todas ellas.

TER.—¡Hola! ¿Con que al cabo, Blas, que tienes miedo confiesas?

BLAS.—Negar que los muertos me ha-

[cen

mucha pavura, Teresa, fuera, a hablar como hombre honrado, en mí la aprensión más necia.

Sabes que en toda mi vida temí paliza, pendencia

ni motín, que en todo lance presto anduve a la defensa de mi padre o mis hermanos, de un vecino... de cualquiera.

Sabes que estuve empeñado no ha mucho en ir a la guerra, y que, a dejarme mi padre, ya estaría en la frontera.

Mas los muertos me intimidan.

¿a qué andarse por las yerbas?

Si veo venir de frente una pica, una ballesta,

derecho me voy al bulto por ir aunque más no sea; pero en hablando de muertos estoy con la pataleta.

Me columpio, que parece que es de plomo la cabeza, los pies y manos de corcho, y el corazón de manteca.

TER.—Pues manos a la mudanza.

BLAS.—No, como a padre convenga, a otra parte con la música.

TER.—Blas, que llaman a la puerta.

BLAS.—Abre tú.

TER. ¡Miren qué gracia!

Abre tú que estás más cerca.

BLAS.—¡Vaya! ¡Pues aun tendrá mie-  
[do!

¿Quién?

DIE.—(Dentro.) Yo.

BLAS y TER. Buenas noches.

DIE. Buenas

os las dé Dios, hijos míos.

(A Blas que se asoma a la puerta con curiosidad.)

Vaya, Blas, que llueve, cierra.

Diego, Blas y Teresa.

TER.—¿Queréis lumbre?

DIE. Sí, por cierto;

que hace una noche tremenda.

BLAS.—Sentaos.

DIE. Toma el sombrero.

Llévate la capa y tiéndela.

BLAS.—Chorreado está.

(Vase Blas y vuelve.)

TER. ¿Qué tenéis,

padre? Traéis descompuesta,

desencajada la cara.

DIE.—Es el frío.

TER. No; por fuerza

os ha sucedido...

BLAS. ¿Cómo?

¿Qué es eso?

DIE. Vaya, que apenas

llego, siempre os empeñáis

en que azares me sucedan.

No tengo nada.

BLAS. Es que importa

que jamás os acontezca

daño, mientras tengáis hijos

que os venguen.

DIE. ¿Eh?

BLAS. Que os defiendan.

DIE.—La venganza es, hijo mío,

de maldición una piedra,

que tarde o temprano vuelve

contra el mismo que la suelta.

BLAS.—Ya lo sé, padre, que he oído mil veces eso en la iglesia.

DIE.—Pues es preciso que siempre en la memoria la tengas.

Pero vamos a otra cosa:

¿Vino?

BLAS. Nadie.

DIE. En hora buena.

¿Con que habéis estado solos?

BLAS.—Sí, señor.

TER. Si no se cuenta el miedo de cada cual.

DIE.—¿Y de qué ese miedo era?

Ambos calláis.

TER. Dilo, Blas.

BLAS.—Padre, hablando con franqueza,

los muertos...

DIE. Bueno, dejadlo.

BLAS.—Es que estamos siempre...

DIE. ¡Vuelta!

BLAS.—Y hemos tratado los dos de que mudemos la tienda.

DIE.—No hay que pensar más en ello; los muertos son gente buena y no se meten con nadie.

TER.—Pero...

DIE. Silencio, Teresa;

no son los muertos; a fe, los que ahora a mí me amedrentan; y de una vez para siempre que comprendáis me interesa que los muertos no hacen daño, y que hablar de ellos molesta.

BLAS.—Pero, padre, ¿y esas voces que de noche nos atruenan?

DIE.—Cerrad las ventanas bien, y dormid a pierna suelta;

las voces sólo son ruido, y el ruido no rompe piernas.

BLAS.—¿Y no era más fácil?...

DIE. No.

BLAS.—Vuestro mal humor os ciega: padre, ¿qué tiene de extraño que, por ser la calle estrecha, porque se pierde o se gana, o sea por lo que sea mude un vecino algún día a otro barrio casa o tienda?

DIE.—Blas, yo tengo mis razones, y permanecer es fuerza

en esta casa, aunque mucho de ello en el alma me pesa.

BLAS.—(¿Qué diablos! ¿Quiere y no quiere!

¿A que también da en la tema

de callar que tiene miedo?)

Pero...

DIE. Basta de querrela: no hay que alzar ya más pelillos a conversación tan necia; y el que de noche, curioso, me abra a deshora una reja, que se eche a él solo la culpa del mal que a todos nos venga.

TER.—¿Llamaron?

BLAS. ¿Abro?

DIE. ¿Pues no?

Que entre en mi casa quien quiera.

*Dichos, don Juan de Colmenares.*

JUAN.—¡Dios sea loado!

DIE. ¡Don Juan!

¿Con una noche tan cruda vos en mi casa?

JUAN. Sin duda, siempre os quise con afán.

DIE.—Cuatro años hace, señor, que en ella no os hemos visto.

JUAN.—De venir es, ¡vive Cristo! esa la razón mejor.

Cuanto más corren los años más los amigos se prueban, y amistades se renuevan en males y desengaños.

DIE.—Habláis, don Juan, de amistades con tono tan singular, que nos haréis recelar en la vuestra novedades.

JUAN.—¡Oh, no, Diego! Por mi vida nunca os la tuve más fiel, y de ello...

BLAS. (Reniego de él.)

JUAN.—Os da pruebas mi venida (Con aire de importancia.)

¡Hola! ¡Qué altos los muchachos están!... ¡Mozo más cabal!...

No le sentarían mal la coraza y los mostachos.

No es este el que quiso ser...

BLAS.—Yo soy, y si aun me dejaran por San Juan que se quedaran los zapatos sin coser.

JUAN.—¿Con tanta afición te sientes?

BLAS.—Los ojos tengo rasados sólo con ver los soldados con el hierro hasta los dientes.

JUAN.—Y entonces, ¿por qué esa sen- [da?...

BLAS.—Dice mi padre, señor, que siempre he de estar mejor que en el cuartel en la tienda.

JUAN.—Nada hay a eso que añadir;

mas Diego, si no hay objeto que lo obste, tengo en secreto dos palabras que decir.

DIE.—¿A mí, don Juan?

JUAN. A ti, Diego.

DIE.—Podéis empezar si os place.

JUAN.—No estás solo.

DIE. ¿Eso qué le hace?

JUAN.—Ireme pues.

DIE.—(Con orgullo.) Idos luego.

Bajo este techo, don Juan, no hay quien no pueda, discreto, guardar el mejor secreto.

JUAN.—Grandes para ti serán los motivos de esa fe en tus hijos, pues lo son; pero fuera indiscreción fiarme yo, y no lo haré.

DIE.—Pues tanto empeño mostráis, idos vosotros.

BLAS. (Maldita sea con él su visita.)

(Vanse Blas y Teresa.)

Don Juan y Diego.

DIE.—Solos estamos. ¿Habláis?

JUAN.—Diego: tú, audaz y orgulloso, de tu virtud satisfecho, caminas siempre derecho por el camino espinoso de la vida; mas preciso será que te haga mirar que hay mucho en qué tropezar.

DIE.—Os agradezco el aviso; mas tengo ya setenta años, y si es que torcido anduve, los vicios que siempre tuve tarde os parecen extraños.

JUAN.—Diego, tu altivez modera y a la razón deja luz,

que es muy recta tu virtud, pero es atrevida y fiera.

Consulta contigo mismo lo que vas a responder,

que va tu respuesta a ser tu salvación o tu abismo.

¿Quieres escribir tu nombre donde los nuestros están?

DIE.—Ya os dije que no, don Juan.

JUAN.—(¡Qué tenacidad de hombre!)

Diego: ¿lo has pensado bien?

DIE.—Sí, don Juan.

JUAN. ¿Y no has pensado que va a alcanzar tu pecado a mi cabeza también?

DIE.—¡También a vos! No lo entiendo.

JUAN.—¿Quieres que en olvido eche

que ambos con la misma leche nos nutrimos?

DIE.

Os comprendo.

Tal vez creéis que me amáis porque pensáis mucho en mí, mas cuando pensáis así, don Juan, os alucináis.

Mucho mi arrogancia os pesa, pues culpo vuestras acciones, y esas son las mil razones porque Diego os interesa.

JUAN.—Mas hay otros que, inflexibles por no malograr su afán, a tu vida tenderán todos los lazos posibles.

Te seguirán por doquiera, y es infalible decreto, que quien roba su secreto ayuda les preste o muera.

DIE.—Concluyamos de una vez: yo sé que hay un Juez supremo y nada en el mundo temo mientras me ampare ese Juez.

Os habéis puesto, insensatos, con los nuestros a jugar, y habéis logrado engañar así a muchos mentecatos.

JUAN.—Cuánto importa mantener de ese aislado monasterio la oscuridad y el misterio, en mi empeño puedes ver. Es fuerza, Diego, que el vulgo de comprenderlo no acabe: si ha de morir quien lo sabe, peligro, pues lo divulgo.

DIE.—Desprecio la oculta ley que proscribiera mi virtud, y siendo en mi juventud soldado, defendiendo al rey.

JUAN.—Al rey que deja morir de hambre a sus servidores, que andan hoy como traidores mendigando a quien servir. El rey que deja, inhumano, que, a merced de oficio infame...

DIE.—Quien tal al trabajo llame, es, don Juan, sólo un villano: jamás en lo que es me meto mi rey, que soy su vasallo, bueno o malo, sufro y callo, y aunque le odio, le respeto. Lo dije; ¡y mirad, por Dios, que pierdo ya los estribos! no temo muertos ni vivos; conque meditadlo vos.

Y no lo toméis a espacio,

que no soy yo vuestro amigo;  
y en amistad os lo digo,  
mañana voy a palacio  
JUAN.—Lloré, supliqué por ti,  
mas la vida nos va en ello;  
y cada cual por su cuello  
mira con razón aquí.

Conque si ello tanto importa.  
piensa a la vez, y despacio,  
que no llegará a palacio  
ni tu palabra más corta;  
pues no puedes en conciencia  
en ser nuestro consentir,  
custodiado has de partir,  
y no temas la indigencia.

*(Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.)*

DIE.—Dadlo a los de vuestra grey,  
don Juan, que yo mi pobreza  
llevo con tanta fiera  
como su corona el rey.

Y aunque los den tan baratos  
que cieguen por trabajar,  
nunca pan me ha de faltar;  
mis hijos harán zapatos.

JUAN.—Sabes, y Dios me es testigo,  
de que hice por ti, a mi fe,  
cuanto pude.

DIE. Ya lo sé;  
mi padre os crió conmigo.

JUAN.—Y no sé cómo igualmente  
la misma leche nos hizo  
necio y descontentadizo  
a ti, y a mí tan prudente.

DIE.—Tenéis razón, ¡vive Dios!  
que hemos salido en pareja  
un lobo con una oveja.

JUAN.—Tú el lobo.

DIE. Y la oveja vos:  
eso dije.

JUAN. ¡Hombres ingratos  
que desprecian tan traidores...!

DIE.—*(Interrumpiéndole.)*  
No quiero vuestros favores,  
don Juan, coseré zapatos.

¡Me tenéis más que decir?  
JUAN.—Que te encomiendes al cielo.

DIE.—A ese tribunal apelo.

JUAN.—Adiós.

DIE. Con vos quiera ir.  
*(Vase don Juan.)*

*Diego, Blas y Teresa.*

BLAS.—Padre, no oí lo que os dijo,  
mas créolo un desacato;  
y muerte afrentosa elijo  
sí, siendo yo vuestro hijo,

os ofende y no le mato.

DIE.—Blas, el cariño te ciega.

BLAS.—No sé qué juego se juega,  
porque no oí más que el fin;  
pero el negocio es muy ruin  
cuando mi padre se niega.

DIE.—¿Nada comprendiste?

BLAS. No.

DIE.—Dios tal vez te ensordeció.

BLAS.—Vi que os ofreció dinero,  
y que dijisteis: "No quiero."

Bien hecho, tampoco yo.

DIE.—Blas, la honra es un tesoro,  
y aunque te ofrezcan más oro  
que cabe en la catedral,  
si la vendes harás mal.

BLAS.—Primero me mate un moro.

No le está bien a un mancebo

los secretos rastrear  
de un viejo, sé que no debo;

mas ¿me queréis confiar  
éste? A guardarle me atrevo.

DIE.—Es inútil; está bien  
donde está, y no estará, no,  
mucho tiempo.

BLAS. Yo también

tomaré lo que me den

los que saben más que yo. *(Pausa.)*

TER.—Padre, ese hombre os ha dejado  
tan inquieto... ¿Qué tenéis?

DIE.—¿Vuelves ya a lo comenzado?  
Con tan prolijo cuidado  
acosado me tenéis.

Mas, ahora que hago memoria,  
si ese soldado viniera  
de otras noches, me pluguiera.

TER.—¿Os fuera útil?

DIE. Sí que fuera.

BLAS.—¡Es hombre de grande historia!  
Me gusta por lo valiente,  
y de honrado tiene facha.

¿No es así? *(A Teresa.)*

TER. Padre consiente  
en que venga...

BLAS. Y es corriente;  
que quiera padre no es tacha.

DIE.—No le agradezco infinito  
sus visitas, en verdad;

mas hoy que le necesito...

BLAS.—¡Voto a San Diego bendito!...

DIE.—Blas, no jures.

BLAS. Perdonad;

pero mal lobo me coma  
si no vuelvo como un galgo  
con él. *(Llaman.)*

TER. ¿Llaman?

BLAS. Luego asoma  
en nombrando al rey de Roma...

DIE.—Si fuera él...

BLAS. Apostara algo.

*Dichos, don Pedro en traje de soldado.*

BLAS.—Seor soldado, guárdeos Dios.

PED.—El le socorra, mancebo.

Alegre está. ¿Qué hay de nuevo?

BLAS.—Nada, pues llegasteis vos.

PED.—¿Me esperaban?

BLAS. Impacientes.

PED.—¿Qué es ello, pues, linda niña?

¿Se le ocurre alguna riña?

¿Qué me mandáis?

DIE. Que te sientes.

PED.—Buen viejo, disimulad;

no os saludé en derechura,

porque al ver tanta hermosura  
me siento ciego.

DIE. En verdad

que sois un hombre bizarro

y siempre con buen humor.

*(Don Pedro mete sin ceremonia am-  
bos pies por medio de todos.)*

PED.—Dejadme echar al calor

esta humedad y este barro.

BLAS.—(Si no viera en una pieza

su amor y su edad marcial,

Teresa, tomaba a mal

su desenfado y franqueza.)

PED.—¿Qué murmura el perillán?

BLAS.—Que traéis hoy una espada

con mucho primor dorada.

PED.—En el cuartel me la dan;

y como me sirva bien,

jamás las señas la tomo;

que al pulsarla por el pomo

se cura siempre a cercén.

Pero al caso, señor Diego:

dispuesto estoy a escucharos;

hablemos de prisa y claros,

que he de partirme muy luego.

DIE.—¿Entráis en palacio vos?

PED.—¿Por qué me lo preguntáis?

DIE.—Porque si hasta el rey llegáis  
quiero hablarle.

PED. Sí, por Dios;

y si queréis que le diga...

DIE.—A solas le quiero hablar.

PED.—Para tan alto picar

muy grave causa os obliga.

DIE.—No a mí.

PED. ¿Pues a quién?

DIE. A él.

*(Don Pedro, frunciendo el ceño, se*

*arrellena en la silla, diciendo con al-  
tívez.)*

PED.—Diga, pues, lo que se ofrece.

DIE.—Al rey su merced parece.

PED.—¿La cara tengo tan cruel

que con el rey me compara?

DIE.—Hable de él con más respeto,

que yo jamás me entrometo

a mirar al rey la cara.

Y en fin, ¿lo podéis hacer?

PED.—Cuando queráis.

DIE.

Pues mañana.

PED.—¿A qué hora?

DIE.

La más temprana.

PED.—Pues bueno, al amanecer.

DIE.—¿Os burláis?

PED.

No, por mi vida,

porque mañana temprano

ha dispuesto el soberano

dar al monté una batida.

Conque si verle queréis

que madrugéis es preciso.

DIE.—No echaré al agua el aviso.

PED.—Mucho de él os prometéis.

DIE.—Eso ya es negocio mío,

seor soldado.

PED.

Bien está;

a mí tanto se me da;

con que de ello no porffo.

DIE.—Pues a otra cosa; y decid:

¿Qué se habla por la ciudad?

PED.—Estoy de eso, a la verdad,

tan al cabo como el Cid.

DIE.—¿No os importan las noticias

de vuestra patria y del rey?

PED.—¿A mí?... Que haya buena ley

y se hagan muchas justicias.

Lo demás nada me importa;

y cuando columbro guerra,

*(Señalando la espada.)*

doy un repaso a esta sierra

y estoy listo en cuanto corta.

TER.—¡Ay!...

*(Llaman a la puerta con brío.)*

PED.

Llaman.

DIE.

Abre.

*Dichos y un hombre del pueblo.*

BLAS.

¿Qué quiere?

HOM.—¿Diego Pérez?

BLAS.

Aquí es.

HOM.—Que vaya corriendo, pues,

que su pariente se muere.

DIE.—¿Mi pariente?... ¿Y qué pa-

riente?

HOM.—Gil Pérez, el estatuario,

que está como un mercenario

muriendo devotamente...



DIE.—¡Gil Pérez!... ¡Oh! Perdonad, señor soldado, que entiendo que ese que se está muriendo conmigo en su mocedad siguió las armas reales.

PED.—Id, que soy muy vuestro amigo y estáis cumplido conmigo; id a remediar sus males.

Y si urgen, por mala estrella, medicinas o dinero, tengo una bolsa de cuero; mandad por lo que hay en ella.

DIE.—Gracias, y adiós.

BLAS y TER. ¿Volveréis?

DIE.—En cuanto el mal lo permita. *(Sale Diego con el hombre. Blas y Teresa se asoman a la puerta.)*

BLAS.—Corre que se precipita.

PED.—Mozos, buen padre tenéis.

*Don Pedro, Teresa, Blas cosiendo zapatos*

PED.—Decidme, esquiva hermosura: ¿Me queréis como yo a vos?

TER.—Brava pregunta, por Dios.

PED.—Brava os quiero, altiva y dura; ¿pero la frase le extraña?

Daréle satisfacción:

es que está mi corazón por sus ojos en campaña.

Y soldado más valiente que prudente capitán,

planto el sitio y allá van mis ballestas de repente.

Si el enemigo responde a él voy, y sin hacer alto entro al lugar por asalto

sin mirar nunca por donde.

¿Sé me entiende?

TER. Como está tan oculta la emboscada, no es fácil...

PED. Vuestra avanzada dió con ella.

BLAS. ¡Voto va!

Paréceme que a barato lo echáis, y se me barrunta...

PED.—¿Quién al rapaz le pregunta? Calle y cosa su zapato.

BLAS.—(Siempre adelante me lleva; por más que me tengo serio,

arranca con tal imperio que el diablo que se le atreva.)

TER.—Bien, hablemos de otra cosa: Dicen que el rey de Castilla...

PED.—¿Está ahora con la Padilla en conferencia amorosa?

TER.—¿Qué me importa? Es de la [guerra de Aragón por que pregunto.

PED.—Contadme allá por difunto.

TER.—¿Os partís para esa tierra?

PED.—El rey sus tercios envía para allá, y según infiero

yo salgo con el primero; con que al caso, prenda mía.

Si no me dais antes de ir de vuestro amor una prueba,

dad por llegada la nueva de que estoy para morir.

TER.—Mucho en el alma lo siento, que al cabo os quería bien.

PED.—(Bello está en ella el desdén, pero más el sentimiento.)

¿Conque me queréis, Teresa?

TER.—Ya lo dije; mas si os vais pésame que lo sepáis.

PED.—¿Que os pesa decís?

TER. Me pesa,

porque es vuestra condición olvidar lo que ha pasado

en lugar que habéis dejado; conque ved si en Aragón

olvidaréis a Castilla.

PED.—(Con brío.)

¿Olvidar y haberla visto?

Y vale más, ¡voto a Cristo! que la Aldonza y la Padilla.

TER.—¿Qué decís? ¿Qué... a quién [nombráis?

PED.—Padilla y la Coronel, damas del rey.

TER. ¿Y con él y aquéllas nos comparáis?

PED.—Sí, pues siendo ante la ley él el primero y mejor,

la más hermosa el amor debe cautivar del rey.

BLAS.—Ved que estáis aquí conmigo, y ved que su hermano soy.

PED.—¿Qué lengua soy hoy!

BLAS.—Es que soy...

PED. Calle, le digo.

BLAS.—(Los ojos me hace bajar y se me traba la lengua.)

TER.—No le riñáis, que es gra men- [gua

hacerle esto tolerar;

y partid, que es ya muy tarde y no está mi padre aquí.

PED.—¿Con vos no me dejó a mí? ¿Qué importa que yo le aguarde?

(*Tocan a las ánimas, y al son de las*

campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de terror.)

PED.—¿Qué es eso?

TER. — ¡No oís tocar?

BLAS.—Las nueve deben ser.

PED.—¿Y qué tiene eso que ver para ponerse a temblar?

BLAS.—¿Qué? ¿No sabéis lo que [pasa?

Mas no me miréis así, que ponéis un ceño...

PED. — Di.

qué es lo que hay.

BLAS. — En esta casa

es imposible vivir:

la mejor noche nos comea.

PED.—¿Quién?

BLAS. — Temiendo estoy que asomen que a esta hora suelen venir.

PED.—¿Qué tropel de desaciertos!

Locos a esta hora os volveréis.

BLAS.—¿Los oís?

(Don Pedro da un paso hacia la ventana; Blas le detiene.)

No os asoméis.

PED.—¿Pero quién son?

BLAS.—Unos muertos.

PED.—¿Muertos!... ¡Bah, bah! Pues [ya estoy.

¿Conque todo eso era miedo?

¿Y se ven?

(Segundo paso de don Pedro y detención de Blas.)

BLAS. — Estaos quedo

si morir no queréis hoy.

PED.—Y en efecto, se oye ruido y se ve luz por la calle.

TER.—Siento que padre no se halle ya esta noche recogido.

BLAS.—¡Cielos, yo tiemblo por él!

Todos los días parecen hombres que a fuerza perecen,

de esa iglesia en el cancel.

PED.—¿Y la justicia lo sabe?

BLAS.—Sin duda saberlo debe.

PED.—¿Y entonces?

BLAS y TER. — Nadie se atreve.

PED.—(Gran misterio en ello cabe; prosigamos, y si encuentro

el hilo a este laberinto, fuego pondré a su recinto

hasta dar con lo que hay dentro.)

¿Decid, y habéis visto alguno

de esos cuerpos que perecen

por la noche y aparecen

por la mañana?

BLAS. — Ayer uno.

PED.—¿Tenía herida?

BLAS. — En el pecho.

PED.—¿Y mostraba la señal

de ser de espada o puñal?

BLAS.—Que con ambos lo habín he- [cho

dijeron los cirujanos.

PED.—¿Luego eran contra uno dos?

¡Animas eran, por Dios, de vivientes bien villanos!

BLAS.—¿Oís? (Ruido dentro.)

PED.—¿Mandrias, no tembléis

que quien lo remedie habrá!

BLAS.—¿Quién con los muertos podrá?

PED.—Los vivos.

TER. — ¡Cómo!

PED. — ¿No veis

que en un nicho los encierran?

BLAS y TER.—Claro está.

PED. — Pues de contado

pueden más que el encerrado

los vivos que allí le entierran.

BLAS y TER.—Tiene razón.

DIE.—(Dentro.) ¡Muerto soy!

BLAS.—¡Santo Dios! ¿Habéis oído?

(Un momento de atención.)

DIE.—(Dentro.) ¡Blas! ¡Teresa!

TER.—¡Padre ha sido!

(Blas corre a la puerta, y al tiempo de abrir se ve a Diego tendido en tierra.)

DIE.—¡Ay de mí!

PED. — ¿Sofiendo estoy?

(Don Pedro, Diego, Blas y Teresa.)

BLAS.— ¡Sangre! ¿Quién fué, padre [mío?

DIE.—Tente, Blas; no salgas, no,

que murieras como yo,

y en ti mi esperanza fío.

BLAS.—Voy a buscar...

DIE. — ¡Escusado;

fué mi destino fatal!

Arrimadme ese sitial

y acercaos, buen soldado.

PED.—Decid si sabéis quién fué

que ha de acordarse de vos.

DIE.—Dejadme acabar, por Dios;

id a ver al rey...

PED. — ¿Y qué?

DIE.—Y decidle que esos muertos...

PED.—Acabad.

DIE. — No puedo más.

(Inclina la cabeza y muere. Pausa.)

PED.—¡Voto a Dios y a Barrabás!

Entre sus labios abiertos

él mismo el secreto ahogó.

BLAS.—Padre.

TER. Señor.  
PED. Esto es hecho,  
vamos a echarle en su lecho,  
que ayudaros puedo yo.

*(Llévanle y vuelve don Pedro.)*  
Don Pedro y Blas. Blas sale a la puerta  
y se detiene en el dintel, la cabeza  
inclinada sobre el pecho con muestras  
del más profundo dolor.

BLAS.—¡Amigo!  
PED. (Desventurado!)

¿Diego?  
BLAS. No le nombres ya.

¡Silencio! Mi hermana está  
rezando aun a su lado  
PED.—Que llore es mucha razón.

BLAS.—Sí, que rece una mujer,  
pero algo más ha de hacer  
un hombre en esta ocasión.

PED.—¿Luego dijo?...  
BLAS. Nada dijo,

pero yo lo sé muy bien,  
que hay cosas que no las ven  
sino los ojos de un hijo.

*(Muy marcado.)*

Un hombre esta noche estuvo  
con mi padre hablando aquí,  
y yo con mi padre vi  
que muy descortés anduvo.

Ya de la puerta al dintel  
dijo: "Encomiéndate al cielo."

A su tribunal apelo  
si quien le mata no es él.  
*(Quedan ambos en silencio por un instante.)*

PED.—Esta noche irás conmigo  
y el rey te remediará.

BLAS.—¿El rey? No voy; me ahorcará,  
que es del otro muy amigo.

PED.—¿Y no hay justicia en Sevilla?  
BLAS.— Dicen que con este rey  
no hay más razón ni más ley  
que su capricho en Castilla.

PED.—Rapaz, la audacia perdono  
porque lastimado estás;  
pero no hables así más

de quien se sienta en un trono;  
y escúchame un buen consejo,  
que, ¡lléveme Belcebú!  
si no sé yo más que tú  
en la muerte de ese viejo.

¿Quieres con el hombre dar  
que a tu padre asesinó?

BLAS.—El alma daría yo  
a quien me lo haga encontrar.

PED.—Pues los secretos que encierran  
las tumbas, los saben bien

a estas horas...

BLAS. Pronto, ¿quién?

PED.—Esos muertos que te aterran.

BLAS.—¡Santo Dios!

PED. Que no te atreves  
a esperarlos, bien se ve;  
mas yo en tu lugar lo haré,  
y piensa cuánto me debes.

Yo hallaré el rastro a tu presa,  
te daré a ese hombre, y si él es,  
me has de ayudar tú después  
a poner cabo a la empresa.

¿Dices que de esa ventana  
se alcanza la iglesia a ver?

BLAS.—¡Cielos! ¿Qué intentáis hacer?

PED.—Una caridad cristiana:  
vete, mancebo, a rezar  
por el que duerme allí echado,  
vete; yo soy un soldado  
y voy también a velar.

BLAS.—Mirad bien, que aunque pare-  
[cen

ilusiones del temor  
esos fantasmas, señor,  
mayor crédito merecen.  
Mi padre me amenazó  
que quien osara mirar  
ni entender...

PED. Vete a rezar,  
Blas, que te lo mando yo.

BLAS.—Valiente sois, buen soldado;  
quédoos muy agradecido,  
mas de hinojos os lo pido,  
quede el postigo cerrado.

¡Oh! Aunque me digáis, tenaz,  
que son visiones del miedo,  
lo he visto y juraros puedo  
que hay un muerto pertinaz  
que en cerrárnosle se empeña.

PED.—Vete, que ha de estar abierto,  
y como asome ese muerto  
yo le daré santo y seña.

*(Don Pedro obliga a Blas a entrar en el cuarto donde entró a su padre.)*

*Don Pedro.*

Que lloren sus desventuras  
los hijos de un zapatero  
mientras busca un caballero  
con valor sus aventuras.

*(Entorna la ventana.)*

Dejo entornado el postigo  
y mato la luz; así  
veo y no me ven a mí  
de las sombras al abrigo.

*(Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.)*

Quien son los muertos veré,  
y si a toparlos acierto,

no me ha de quedar un muerto  
que sepa tenerse en pie.

TELON

## ACTO SEGUNDO

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada. En el fondo el atrio, cercado de verjas de hierro; a la derecha el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

*Don Juan de Colmenares y Samuel  
Leví.*

JUAN.—Preciso matarle fué.

SAM.—¿Conque al cabo?...

JUAN. Sí, murió,

que un día más de su vida  
fuera nuestra perdición.  
Dúeleme mucho su muerte;  
pero a jugar, vive Dios,  
las nuestras contra las suyas,  
lo hecho tengo por mejor.

SAM.—Sí, por el santo Abraham.

¿Pero estáis seguro vos  
de que nadie más que el viejo  
cayó en la cuenta?

JUAN. Eso no;

hermanos fuimos de leche,  
y era ese Diego un varón  
justo, inflexible y severo,  
que siempre pensó y obró  
según su recta conciencia;  
y aunque tuviera ocasión,  
fuera del rey, a ninguno  
parte de su intento dió.

SAM.—Mas hijos tiene.

JUAN. Samuel,  
desechad todo temor.

Los hijos, como del vulgo,  
canalla cobarde son;  
ni abrirán una ventana  
hasta muy entrado el sol,  
ni cerrarán una puerta  
sino antes de la oración.

Y a gente tal, en contándole  
cualquier patraña o error,  
la tenéis siete semanas  
soñando con la visión.

SAM.—En verdad, buen Colmenares,  
que os acude harto valor  
para arriesgaros a tanto.

JUAN.—Nunca, Samuel, me faltó  
ni la audacia ni el consejo  
cuando, puestos en unión,

me tentaron el antojo,  
las grandezas y el amor.

SAM.—Así corre vuestra fama  
por Sevilla, y así sois  
el escándalo en el templo  
y en las calles el terror.

JUAN.—Vaya, que estáis esta noche  
filósofo. Un hombre soy,  
y, como tal, mis pecados  
flaquezas humanas son.  
Sólo hallo una diferencia  
con los demás, y es que yo  
aborrezco a los hipócritas  
y obro con satisfacción,  
sin embozar mis flaquezas  
con disimulo traidor.

SAM.—Bien meditado, don Juan,  
tal vez no os falta razón,  
pero es el vulgo envidioso,  
injusto y murmurador.

JUAN.—¿Qué diablos vais a decirme  
con tan prolijo sermón?

Que me place la hermosura,  
que a los regalos me doy,  
que mis inmensos caudales  
derramo con profusión,

que tengo amigos, que tengo  
mucho en la corte favor.

¿Y eso qué tiene de extraño?

¿No hacéis otro tanto vos?

SAM.—¿Y os olvidáis ya, don Juan,  
del bonete y del ropón?

JUAN.—¿Y os olvidáis que me dieron  
la prebenda, como a vos  
del rey la tesorería?

SAM.—¿Cómo?

JUAN. Vedlo en conclusión.

Yo era soldado; la guerra,  
siendo rico, me cansó,  
el rey me quería entonces,  
el cabildo enredador  
de Sevilla, harto indiscreto,  
no sé en qué le desairó.

Don Pedro, para humillar tan osada presunción, sin mirar a más razones, en el coro me sentó. Conque soy un ave ambigua que estoy en disposición de volar y de correr como me venga mejor. No recibí orden alguna; y a mi antojo, ved que voy llevando con igual brío las espuelas y el ropón. Mas vamos a lo que importa: ¿El mensajero llegó? SAM.—Mañana llega. JUAN. ¿En secreto? SAM.—No, con mucha ostentación, que trae comitiva y viene con nombre de embajador. JUAN.—¿Y es hombre de quien se

[ííe? SAM.—A toda prueba. JUAN. ¡Por Dios, que el atrevimiento es mucho! SAM.—No es, don Juan, mucho mayor que señalar una iglesia por punto de reunión. JUAN.—De audaces es la fortuna. Ya véis lo bien que salió, para apartar los curiosos, de los muertos la ficción. SAM.—Aunque a bulto en poco estuvo si con nosotros no dió el justicia Benavides allá en el otro rincón. JUAN.—¡Oh, aquí seguros estamos, gracias a lo que costó! Dos veces hemos venido, y mirad en derredor; no hay una casa habitada, y el zapatero murió. ¿Pero el enviado, decidme, sabrá hacer?... SAM.

¡Santa Sión! Médico, adivino, astrólogo, y mi huésped, ved, señor, si tendrá bien su lugar; de sus consejos en pos enfermos, pobres y tontos le irán a implorar favor. Entrarán cuantos quisiéramos, y tomarán de su voz nuestras órdenes, a guisa de remedio o predicción. JUAN.—¡Soberbia idea, Samuel! ¿Y Aldonza? SAM. En venir quedó,

y aguardará del alcázar para salir la ocasión. Pero, don Juan, vamos claros: ¿La amáis de veras? JUAN. ¡Pues no! Es noble, astuta y hermosa. SAM.—¡Don Juan, que os asista Dios! JUAN.—Y además, don Juan Lacerda, su cuñado, el reino entró por Córdoba.

SAM. Y su marido viene a ayudarnos. JUAN. Estoy en que esta noche le esperan. SAM.—Celoso del rey, traidor se ha vuelto Albar de Guzmán. JUAN.—Nuestro es el rey. SAM. Vámonos, que alguien llega. Desde el atrio veremos, don Juan quién son. JUAN.—Si nos acechan, ¡ay de ellos! Arrojaos sin temor, y adelante. SAM. En ese caso podéis arrojaros vos. JUAN.—¿Qué teméis? SAM. Nada en resumen; mas soy viejo, odio el rencor, y para matar cristianos, don Juan, no conspiro yo. JUAN.—Pues ahora os digo lo de an-

[tes, Samuel, que os asista Dios. *Don Juan y Samuel tras de las verjas del atrio. Robledo y doña Aldonza Coronel.*

ALD.—Robledo, ¿llegamos ya? ROB.—Este es el sitio, señora. ALD.—Tan solo y tan a deshora, miedo este sitio me da. ROB.—Nada tenéis que temer, que entre amigos os halláis. ALD.—¿Que soy, Robledo, olvidáis nada más que una mujer? Y aunque sagaz y ofendida, es natural mi temor. ROB.—Cubriros fuera mejor con el lienzo. ALD. Me intimida disfrazarme de ese modo, y horror de mí misma tengo. ROB.—En que repugna convengo; mas esto lo salva todo. *(Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia el fondo, quedan de espaldas al espectador, a manera de muertos con sus sudarios.)*

ROB.—¡Oh!, es muy feliz la invención de estos lienzos funerarios.

ALD.—Pues de andarnos con sudarios no es la mejor ocasión.

ROB.—¿Tenéis tan poca esperanza?

ALD.—Demasiada tengo acaso;

mas Robledo, un solo paso puede arastrar la balanza.

ROB.—Tal vez alguno nos mira.

ALD.—¿No véis alguien a la puerta?

ROB.—Nadie a venir aquí acierta si como vos no conspira.

Seguidme.

ALD. Vamos allá,  
que en vos confío, Robledo.

ROB.—Venid, señora, sin miedo,  
que yo llamaré.

JUAN. ¿Quién va?

ROB.—Las ánimas.

SAM. Ellos son.

JUAN.—(Sepamos, antes de entrar,

lo que se puede esperar

de las gentes de Aragón.)

ALD.—¿Sois vos, don Juan?

JUAN. Sí, yo soy.

ALD.—Gran miedo por vos pasé.

JUAN.—¿Miedo decís? ¿Y por qué?

ALD.—¿No véis el traje en que estoy?

SAM.—Guárdeos el cielo, señora.

ALD.—¿También Samuel con nosotros?

SAM.—También Samuel.

JUAN. Y aun hay otros

que el conocerlos ahora

trabajo os ha de costar.

ALD.—¿Y os exponéis tan temprano?...

JUAN.—Es el vulgo muy villano

yi no se atreve a acercar.

Si no por esta invención

de los muertos, yo apostara

que estábamos cara a cara

ha mucho con el león.

Mas hicimos tan extrañas

anécdotas referir,

que nadie ha osado venir

contra visiones tamafias.

SAM.—Pues determinar es fuerza

de concluir lo más presto,

que es fácil que den tras est.

y la fortuna se tuerza.

JUAN.—(A doña Aldonsa.)

¿Qué es de don Albar Guzmán?

ALD.—Esta noche entra en Sevilla.

JUAN.—¿Y el otro?

ALD. Contra Castilla

dispuestos ambos están.

SAM.—¿Vuestro cuñado Lacerda

sigue venciendo?

ALD. Sí, a fe,  
y en él precavida até  
un cabo de nuestra cuerda;  
al otro está mi marido,  
que, con los suyos atento,  
aguarda sólo el momento  
del ataque convenido.

JUAN.—¿Trae gente?

ALD. Pocos, mas buenos,

que por diferentes puertas

entrarán.

JUAN. Que estén abiertas

se dispondrá.

ALD. Eso es lo de menos:

nuestros los alcaldes son.

JUAN.—Robledo, ¿y la gente vuestra?

ROB.—Mucha tengo, osada y diestra,

dispuesta a la rebelión;

pero sin armas están.

JUAN.—Cuando hagan al caso iréis

donde las encontraréis.

ROB.—¿Instrucciones?

JUAN. Se os darán.

¿Y vos, Samuel?

SAM. Todo está

preparado a la ocasión.

Granada, con Aragón,

auxilio y favor nos da.

Mohamad, el rey Bermejo,

a pretexto de Embajada,

envía desde Granada

un moro de su consejo;

y pues no han de sospechar

de un embajador amigo,

él hará que al enemigo

puedan avisos llegar.

JUAN.—El legado del pontífice

parte con nosotros toma.

SAM.—De rebeliones en Roma

hay un muy práctico artífice.

ALD.—Mas el rey...

JUAN. Dejadmé hacer.

Disoluto mozalbate,

le daremos un juguete

que le sepa entretener.

ALD.—Estemos muy sobre aviso,

que tiene más de león,

cuya sangrienta afición

saciar antes es preciso.

SAM.—Pues si al león por ventura

saciar antes interesa,

yo le arrojare una presa

que satisfaga su hartura.

Y pues, aunque entrado en años,

de ser mozo no dejé,

al león dormiré yo,

y al mozo vuestros amaños.

ALD.—Tanto amor le he de fingir,  
que milagros ha de hacer  
si es capaz de preveer  
en mi amor ha de morir.

¿Don Enrique?  
JUAN. Será rey.

ALD.—¿Contestó?

SAM. Contestó ya,

y en sus poderes nos da  
por buenos ante la ley.

JUAN.—Nos deberá él la corona,  
rey el pueblo castellano,  
y el infierno otro tirano  
que le espera aunque le abona.

ALD.—Vaya allá, ¡viven los cielos!  
de huésped de Lucifer.

JUAN.—(A doña Aldonza.)

Y con él puede correr  
Albar Pérez.

ALD.—(A don Juan.) ¿Tenéis celos?

JUAN.—¿No sois vos todo mi afán?

ALD.—Mas viniendo mi marido...

JUAN.—Todo está ya prevenido.

ALD.—¿Qué decis?

JUAN. Juntos irán.

ALD.—¿Vuestro amigo?

JUAN. ¿Y qué tememos?

¿No necesita una presa  
el león? Darémosle esa.

ALD.—¡Don Juan!

JUAN.—(Señalando al judío.)

¿Otra le daremos?

ALD.—Me entendisteis.

JUAN Bien está:

despachemos esa gente,  
que hace tiempo que, impaciente  
también, nos espera ya.

(*Entranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas asoma y sale después don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Pérez.*)

Don Pedro.

¡Por la Virgen de Belén!

¡León de sangre sediento,

se dará el rey por contento

con la presa que le den!

Y el cetro de un mozalbeta

mientras venden a Aragón,

echarán carne al león

y al mancebo algún juguete.

(*Pasea a largos pasos, y dice de repente.*)

¡Por Dios, que si estando quedo

nechos a acosarle van,

cuando ruja se echarán

entre la yerba de miedo!

¡Voto a Dios, bando insensato,

que hallarás al león, sí;  
pero caerá sobre ti  
silencioso como el gato!  
(*Vuelve a pasearse, meditabundo.*)

¿Quién, necio, al primer embate,

mal jugador de ajedrez,

jugando la primera vez

tira al rey un jaque mate?

¿Con trampas y alteraciones

piensan el juego embrollar?

Empecemos a jugar

moviendo algunos peones.

¡Blas!

Don Pedro y Blas.

BLAS.—¿Qué quiere?

PED. Ven acá.

¡Parece me que decías

que a tu padre vengarías!

BLAS.—¡Sí, por Dios!

PED.

Empieza ya.

BLAS.—No juegue con mi dolor,

que por Cristo que lo juro,

que aunque plebeyo y obscuro

razón me sobra y valor.

PED.—La paciencia, sin embargo,

te hace falta: tenla, pues.

Yo sé el matador quién es.

BLAS.—¿Quién?

PED. La prudencia te encargo.

BLAS.—¡Prudencia! ¿Y visteis morir

a quien me mandáis vengar?

PED.—Ve la justicia a buscar

y hazla contigo venir.

BLAS.—¿De mí burlaros queréis?

PED.—¿De Colmenares te olvidas?

BLAS.—¿Ese fué?

PED. El mismo.

BLAS.

Cien vidas

que tuviera... lo veréis.

PED.—Pues yo le pondré en tus manos

si traes la justicia tú.

BLAS.—¡Justicia! Por Belcebú

que es auxilio de villanos.

¿Dónde está ese tigre cruel?

Dadme esa daga, por Dios,

y cierro delante a vos

a puñaladas con él.

PED.—¿Y si tal haces, menguado,

llegarás a tu enemigo

sin que tropiece contigo

la justicia de contado?

Si el golpe yerras por suerte...

BLAS.—No temáis, no le erraré.

PED.—Mejor es que se le dé

la justicia, que es más fuerte.

BLAS.—¿Ese consejo me daiis

y sois soldado del rey?

¿Os remitís a la ley  
y espada al cinto lleváis?  
Guardaos enhorabuena  
vuestros consejos, y ahora  
dejadme aguardar mi hora  
mal devorando mi pena;  
porque os juro que un zapato  
no he de volver a coser,  
si es que yo le alcanzo a ver  
y allí mismo no le mato.

PED.—Bien está, le matarás.

BLAS.—¿Cara a cara?

PED. La manera  
ponla tú con tal que muera.

BLAS.—Vamos allá.

PED. Tente, Blas.

Que tú harás, lo repito,  
mas con una condición.

BLAS.—¿Cuál es?

PED. En esta ocasión  
la justicia necesito.

BLAS.—¿Para él?

PED. Sí; cuando le prueben  
que el delito cometió,  
haré que a tus manos yo  
sentenciado te lo lleven.  
¿Lo oyes?

BLAS. No lo entiendo bien;  
mas no os puedo resistir.

Voy... y si vais a mentir  
el cielo os maldiga.

PED. Amén.

*Don Pedro.*

Que le mates, eso quiero;  
que quien con su rey se atreve  
justo es que la muerte lleve  
por manos de un zapatero.

Que le mates es de ley,  
y así aprenderá de cierto  
que no hay un vivo ni un muerto  
de quien tenga miedo el rey.

Alguien llega; si es amigo  
de esa gente, antes de entrar  
se tendrá que confesar  
a solas aquí conmigo.

*Don Pedro y don Albar Pérez de  
Guzmán.*

ALB.—(Esta la iglesia será  
si cuando señas me dieron  
a traición no me mintieron:  
pecho al agua.)

PED. ¿Quién va allá?

ALB.—[Las ánimas!

PED. Adelante.

ALB.—¿Estáis vos?

PED. Por don Enrique.

¿Y vos?

ALB. No hay porque me explique  
sin que el misterio levante.

PED.—¿No os dieron aquí una cita?

ALB.—¿Y aquí os citaron a vos?

PED.—Sí.

ALB. Y a mí.

PED. Conque a los dos  
aquí se nos necesita.

¿Sois Lacerda, Mohamad  
o Roma?... Esperamos hoy  
sus avisos.

ALB. Guzmán soy.

PED.—¿Albar Pérez? Perdonad,  
que a conoceros al punto  
no os hubiera detenido.

¿Venís, Guzmán, decidido?

ALB.—A vencer o ser difunto.

PED.—Eso sí: bien elegimos;

ni un cobarde hay con nosotros,  
aunque en muchos más que a otros  
por ofendido os tuvimos.

ALB.—¡Mucho sabéis!

PED. Soy el ojo  
derecho de don Samuel,  
y no me recata él

ni su más mínimo antojo.

¿Y os llegó su carta?

ALB. Sí

PED.—Ya visteis lo que decía.

ALB.—Y vos, pues todo os lo fía.

PED.—Como que yo la escribí.

(Fortuna fué que escribiera,  
que a ciegas le pregunté.)

Pues si mal no me enteré,  
ya sólo por vos espera.

ALB.—Voy, pues, a entrar.

PED. Aguardad,  
que, pues la suerte es propicia,  
daros quiero una noticia.

ALB.—Dádmela, pues, y abreviad.

PED.—(Con intención.)

Vuestra mujer os es fiel.

ALB.—¡Vive Dios!...

PED. Sé que irritado  
con ella os habéis mostrado.

ALB.—(Amostazado.)

¿Y qué se le importa a él?

Si contra el rey conspiráis...

PED.—Del rey hablaros pensé.

ALB.—Pues id derecho, que a fe  
que os juro que lo acertáis.

PED.—Preso en sus lazos le tiene  
doña Aldonza.

ALB. ¡Ya volvéis!

PED.—Si de él vengaros queréis  
hablar de ella vos conviene.

ALB.—Seguid.



PED. Por si torpe lengua  
su limpieza calumnió,  
sabed que hay quien defendió  
vuestra causa... aunque sin mengua.  
Ella tiene al rey cogido;  
mas sólo es para ayudar,  
con su amor, a conspirar  
a su amigo y su marido.  
ALB.—¿Su amigo?

PED. Y vuestro mayor;  
pues a vuestra orden atento,  
no se separa un momento  
de ella, por cumplir mejor.

ALB.—¿Por quién me tomáis a mí?

PED.—Por don Albar de Guzmán,  
y a fe que sin mucho afán,  
que vos lo habéis dicho así.

ALB.—Pues estáis mal informado,  
que yo no encargué a ninguno  
mi mujer.

PED. Pues hay alguno  
que a su cargo la ha tomado.

ALB.—¿Quién?

PED. Don Juan de Colmenares.

ALB.—Os digo que os engañáis.

PED.—Nada, don Albar, temáis,  
de quien sirve en los altares.  
Pero entrad, que os entretengo.

ALB.—(¡Aviso más singular!)  
Decidme...

PED. ¿Queréis entrar,  
que os esperan?

ALB. A eso vengo;  
mas quiero una explicación  
de eso que ahora habéis dicho.

PED.—¿Traéis en fingir capricho?

Mas en fin, tenéis razón;  
que delicados asuntos

son los asuntos de honor.

ALB.—Quien no habla de ellos mejor  
cerca está de los difuntos.

PED.—¿Me provocáis? No hay por  
[qué;

mas si os ofendéis por esto,  
don Albar, estoy dispuesto  
y el caso le explicaré.

ALB.—¿Cuándo?

PED. Mañana, que fuera  
dar antes que sospechar.

ALB.—¿A qué hora y en qué lugar?

PED.—En mi casa y a cualquiera.

ALB.—¿Dónde moráis?

PED. De mi casa.

haré que os avisen, y...

pero entrad, que pese a mí  
que el tiempo hablando se pasa.

(*Sube don Albar a las gradas del atrio  
diciendo.*)

ALB.—(Por Cristo que me ha metido  
ese hidalgo en confusión.)

PED.—(Viéndole entrar.)

Para una conspiración  
no hay cosa como un marido,

*Don Pedro.*

El dardo en el pecho lleva,  
y a fe que le ha de estorbar;  
mas si le quiere tocar  
la herida él mismo renueva.

(*Se echa a reir.*)

Poco hay en el otro mundo,  
según se ve, de provecho,  
cuando un soldado ha deshecho  
su plan más sabio y profundo.

(*Después de un momento de medita-  
ción, con ira, marcando el carácter  
inconsciente del rey don Pedro, dice:*)

¡Torres de orgullo y grandezas,  
necios, levantando están,  
mas otros levantarán  
su torre con sus cabezas.

*Don Pedro y Blas.*

PED.—¿Cumpliste?

BLAS. Sí.

PED. No lo veo.

BLAS.—Pronto los tendréis aquí,  
que más me interesa a mí  
mi venganza y la deseo.

PED.—Escucha, Blas.

BLAS. Ya os escucho.

PED.—¿Serás capaz de esperar  
a los muertos?

BLAS.—(Con temor.) ¿Yo?

PED. A juzgar  
por el yo, los temes mucho.

BLAS.—Mas la pregunta ¿a qué asunto?

PED.—Es que te encargo, en conciencia,  
[cia,

que tengas mucha prudencia  
si aparece algún difunto.

BLAS.—(Cómo, no puedo entender,  
hablar de muertos le gusta.

Nada a este hombre le asusta;  
mas nada le veo hacer.)

(*Uno de los conjurados aparece en el  
atrio, envuelto en el lienzo que le  
sirve de disfraz.*)

¡Cielos!

PED. ¿Qué es eso?

BLAS.—(Señalando al conjurado.)

¡Mirad!

(*Blas cae de rodillas con la expresión  
del pavor más concentrado. Don Pe-  
dro vuelve el rostro con serenidad.*)

- Blas, Don Pedro y un conjurado.

CON.—(Rumor oí, según creo;

no vendrá mal un paseo  
contra una curiosidad.)

PED.—Quieto, Blas, o eres perdido.

BLAS.—(Tamaño valor me pasma.)

PED.—(Dejemos que la fantasma  
nos diga a lo que ha venido.)

CON.—Desventurado mortal,  
que, pecador descarriado,  
a este lugar has llegado,  
¿quién eres?

PED. Si no voy mal,  
poco para muerto sabes,  
pues no conoces en mí  
un vivo que viene aquí  
por negocios harto graves.

CON.—Eres pues...

PED. Del otro mundo,  
donde ya aguardando están  
a Samuel y al de Guzmán.

CON.—(Es nuestro, si bien me fundo.)  
(Vase acercando a don Pedro y mirándole de arriba abajo. Extraña la  
capa echando de menos el disfraz.)  
Que vengas de allá me alegro;  
aunque es tu disfraz muy franco.

PED.—Es que tú eres muerto blanco  
y yo soy un muerto negro.

CON.—¿Negro o blanco, a qué no  
[entrar

con nosotros?

PED. Es que yo  
soy muerto que nunca entró  
donde le puedan cerrar.

CON.—(Traidores hay, pesia a mí!)  
Responda quién va o es muerto.

(Al acercarse a don Pedro, asiendo  
éste su daga con disimulo, le da de  
puñaladas y va a caer fuera de la  
escena.)

PED.—Quien los infiernos ha abierto  
esta noche para ti.

CON.—¡Cielos!

BLAS. ¡Por San Blas! ¿Qué es esto?  
Con los muertos arrogante  
se los lleva por delante...

¿Qué hombre es este, a Dios opuesto?  
(Vuelve don Pedro limpiando la daga.)

PED.—Bien muerto está el temerario.  
Por Cristo que lo acertó  
cuando al conspirar tomó  
para envolverse un sudario.

Blas y don Pedro.

PED.—¡Blas!

BLAS (Miedo este hombre me da.)

PED.—¿Qué tiemblas? ¿Esto te asom-  
[bra?

Ven, que un muerto es una sombra  
y al ver esta cruz se va.

(Muestra la daga.)

BLAS.—(¡Temblando estoy de pavor!)

PED.—Vamos, ¿qué temes, muchacho?  
¿No ves cómo los despacho?

Cálmate y cobra valor;  
que aunque entre el vulgo mantienen  
gran crédito los difuntos,  
en viendo dos vivos juntos  
nunca a amedrentarlos vienen.

BLAS.—Así será, pues que veo  
que con ellos os cerráis  
y a estocadas los echáis.

PED.—Que vengan mucho deseo,  
y aprende a hacerlo de mí;  
que muertos como el que has visto  
no merecen, ¡voto a Cristol,  
sino lo que a ese le di.  
Mas vienen.

BLAS. Es la justicia.

PED.—Blas, silencio y ten confianza;  
no malogres tu venganza  
por ceguedad o impericia.  
Aquí tu venganza empieza,  
y si sagaz me ayudares  
lograrás de Colmenares  
por lo menos la cabeza.

BLAS.—Mas...

PED. Silencio. Ya lo ves:

Tú de mi poder testigo  
eres; conque sé mi amigo,  
que te alegrarás después.

BLAS.—(Todo es misterio este hombre;  
mas, pues me halaga y me ayuda,  
tendré la lengua tan muda  
como su brazo y su nombre.)

Don Pedro, Blas y Justicia.

PED.—Más vale nunca que tarde:

(Con autoridad.)

que la justicia y la unción  
matan con la detención.

JUS.—¿Quién se atreve?

PED. Dios le guarde.

JUS.—¿Para eso llamáis la ronda?

PED.—Callad.

JUS. ¿Quién manda callar?

PED.—(Le dice al oído.)

Quien puede haceros ahorcar  
aunque la faz vos esconda.

(Bajo a los de la ronda. Le oyen to-  
dos menos Blas.)

Esta noche han muerto aquí

a Pérez el zapatero:

aquí al agresor espero,

y el cadáver está allí  
En su casa os esconded,  
y cuando mi voz oigáis,  
al que en la calle veáis  
sin más respetos prended.  
Y... para todos lo digo:  
ni el reo ni el tribunal  
han de saber, ¡voto a tall!  
que habéis topado conmigo.  
Imparcial que sea quiero  
del agresor la sentencia,  
que tan hombre es, en conciencia,  
como el rey el zapatero.  
Conque adentro.

(Al entrar les detiene.)

¡Eh! y escuchad:

Con el muerto está su hija  
nadie, importuno, la afija  
por gracia o curiosidad.  
Y cuenta que, por torpeza  
o por malicia, espiar  
ose alguno este lugar,  
porque pierde la cabeza.  
(Entran, y don Pedro les cierra puerta y postigo.)

Don Pedro y Blas, que no debe haber  
comprendido la escena anterior, que  
pasa entre don Pedro y la ronda

BLAS.—¿Qué van a hacer en mi casa?

¿No veis que mi padre está...

PED.—Todo lo he previsto ya;  
tú atiende a lo que aquí pasa.

Tal vez volverán los muertos;  
entre ellos viene, sin duda,  
Colmenares.

BLAS. ¡Dios me acuda!

PED.—Y tenga tus desaciertos.

Aunque le veas venir  
estate quieto a mi lado.

BLAS.—Eso no, señor soldado;  
si le veo, ha de morir.

PED.—Pues deja que pasen todos,  
que con tantos atreverte  
tuera correr a la muerte.

BLAS.—Lo haré así.

PED. De todos modos

flegó tu venganza, Blas;  
más que en ninguna ocasión  
divulgue tu irreflexión  
lo que esta noche a ver vas.

Don Pedro y Blas se apartan a un lado.

Samuel, don Juan, don Albar, Robledo,  
conjurados, etc.

JUAN.—Conque no olvidar, señores,  
que nuestros días son tres,  
el santo y la seña es  
ánimas y embajadores:

entretanto, con el moro  
que se aviste cada cual,  
y no le irá a nadie mal  
ni por armas, ni por oro.

(Vanse muchos.)

Don Pedro, Blas, Samuel, don Juan,  
don Albar, doña Aldonza, Robledo, etc.

JUAN.—Ahora bien, hecho lo hecho  
este lugar se abandona;  
Enrique tendrá corona  
y nosotros gran provecho.

ALD.—Adiós, don Juan.

SAM. Dios os guarde.

ALB.—(A Samuel.)

El os ayude, Samuel.

ROB.—¿Os quedáis?

SAM. Tengo con él

que hablar.

JUAN. Pues decid, que es tarde.

Samuel y don Juan. Blas y don Pedro,  
ocultos.

SAM.—Don Juan, ¿la queréis aún?

JUAN.—¿Pues en qué mudanza ha ha-

[bido?

SAM.—¿No es don Albar su marido?

JUAN.—¿Y el peligro, no es común?

SAM.—Pero...

JUAN. ¿No hay en este lance

averías de fortuna?

Pues no ha de faltar alguna  
que si me estorba le alcance.

Mas lo que hablarme teniais...

SAM.—A eso voy; pues sois tan rico  
como yo...

JUAN. ¿Qué?

SAM. ¿No me explico?

En repartir bien hariais  
los gastos entre los dos.

JUAN.—Vuestra avaricia redobla,

Samuel, y por cada dobla  
lloráis un cántaro vos.

SAM.—Ya veis... tantos adelantos  
y tan exhausta la caja.

JUAN.—Ya se os hará una rebaja,  
que, por ahora, no son tantos;

mas cuenta con que el dinero  
mucho os duela. Tirad de él,

que en este caso, Samuel,

la cabeza es lo primero.

SAM.—Fío en vos.

JUAN. Y sabéis bien

que por tal parcialidad

os ofrece Mohamad

medio reino de Jaén.

SAM.—En el moro al fin tendré  
quien me ayude en un azar

(y un escondido lugar



donde el tesoro pondré).

Buenas noches.

JUAN. Id con Dios.

*Don Pedro, Blas, don Juan; después, la justicia.*

JUAN.—Ambiciosos miserables, cuyas manos insaciables van siempre del oro en pos.

Vete en paz hoy y atesora, que yo te haré levantar con tres palos un altar donde te llegue tu hora.

*(Mira a la casa del zapatero y dice, marchándose:)*

Su infortunio me hace duelo;

mas él se empeñó en morir;

y entre los dos a elegir

quiso lo mejor el cielo.

PED.—*(A Blas.)* Ahora tú.

*(Blas se arroja sobre don Juan, y mientras éste se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de dónde salen, dice don Pedro.)*

PED. ¡Favor al rey!

JUAN.—¡Viven los cielos, villano!

BLAS.—¿Y mi padre?

JUS. Echadle mano.

JUAN.—¿Qué es esto?

JUS. Ayuda a la ley.

BLAS.—Ese a mi padre mató.

JUAN.—¿Cómo? ¡Infame!

JUS. Basta ya,

que ese hombre acusado está.

JUAN.—¡Viles, asesino yo!

BLAS.—Y aun niega... Dejadme a mí: ese hombre muerte merece; dádmele, me pertenece; yo soy el verdugo aquí.

*(Blas, separado de don Juan, forceja por llegar a él. Llevan a don Juan por el lado opuesto a la casa de Diego Pérez, y don Pedro coge a Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)*

JUS.—*(A Blas.)*

Ea, atrás tú... y venid vos.

*(A don Juan.)*

JUAN.—Inocente...

JUS. Sí, seréis;

pero allá se lo diréis

a los jueces.

JUAN Sí, por Dios.

PED.—*(A Blas.)*

Ven aquí y en mi fe fia.

*Don Pedro y Blas.*

BLAS.—Ved que me habéis prometido...

PED.—Que del crimen convencido

en tus manos le pondría.

Pues bien; pasado mañana

te avisarán de un lugar

donde has de ir a consultar

sobre la justicia humana.

BLAS.—¡Qué me importa...!

PED.—*(Dale un bolsillo.)* Calla y ten.

Con esto el entierro harás

de tu padre y de ese, Blas;

*(Señalando al sitio donde cayó el conjurado a quien mató don Pedro.)*

y callando te irá bien.

BLAS.—*(De sus ojos tengo miedo;*

por más que al orgullo acudo

me apura, me opongo, dudo,

mas resistirle no puedo.)

*(Entra en su casa empujado ligeramente por don Pedro.)*

Don Pedro.

Bien, nada don Juan sabrá;

nada los jueces tampoco,

y ese pensamiento loco,

adelante seguirá.

*(Se echa a reir y dice, yéndose y frotándose las manos con muestras de satisfacción.)*

Y es justo que en la horca acaben

y al vulgo den que reir

muerdos que aun han de morir

y que la hora no saben.

TELON

## ACTO TERCERO

Gabinete oriental en casa de Samuel Leví destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas a los lados, mesa con tapete de grana, cojines, etc. Luz artificial.

*Doña Aldonza Coronel y don Juan de Colmenares.*

ALD.—Imposible, don Juan; dirán si quieren

que por capricho mujeril os quise,

mas no penséis que, mi decoro hollando,

así el blasón de los Guzmanes pise.

Mucho os amé y os amo todavía,  
que negároslo aún fuera locura,  
mas seguiros liviana, Colmenares,  
tinta es su sangre...

JUAN. Basta; estad segura  
que os comprendo muy bien: enhorabuena.  
Trocar por un mal rey un buen marido  
que merecía os pareció la pena;  
mas quien señora en un palacio ha sido  
vivir no debe en opulenta casa  
que de hidalgo solar al fin no pasa.

ALD.—Me tentáis demasiado la paciencia,  
señor don Juan; tened esos dictérios,  
porque pican, pardiez, en insolencia.  
Quien al rey escuchó fué mi venganza:

mató a mi padre y vive en mi memoria.  
JUAN.—¡Qué diablos! ¿Por tan poco una pendencia  
queréis armar? No somos hoy tan niños  
que no alcancemos hoy la tecnología  
y el sistema de amores y cariños.

ALD.—Tenéis, don Juan, un alma depravada  
incapaz de sentir, e indiferente  
dispuesto estáis, con sátira insolente,  
a reir de la cosa más sagrada.

JUAN.—¿Pues qué queréis? ¿Que a fuer de caballero  
que errante corre a caza de aventuras  
abra un palenque a voz de pregonero  
y haga astillas por vos un par de lanzas,  
ganoso de cosecha de esperanzas?  
No s mi propuesta tan difícil cosa;

en cualquie asonada repentina  
muere a manos de turba codiciosa  
el patriota mejor tras de una esquina.

ALD.—Basta ya, por mi vida, Colmenares.

Si la mengua arrostré del populacho,  
del rey don Pedro por vengarme ansiosa,  
vengo a mi padre y moriré gozosa;  
todo el mundo verá, por más que os pese,  
que el corazón del rey no pretendía  
quien, aguardando la ocasión, sedienta  
bebió la sangre que en su pecho había.

JUAN.—(Con sarcasmo.)

Y embozando su amor con su venganza  
supo, astuta, volver a su marido  
celebrando su triunfo esclarecido;  
y éste, de su conducta satisfecho,  
cuando vos le digáis: *Vengué a mi padre,*  
responderá tranquilo: *Bien has hecho.*

ALD.—Mucho os mofáis, don Juan, de su desgracia,  
y a su enojo mostráis muy poco miedo  
cuando sabéis que recordaros puedo  
que no hablasteis con él con tanta audacia.

JUAN.—¿Y por tan bueno me tenéis, señora,  
que me lanzara a provocarle, necio,  
cuando al fin de la fiesta no sería  
sino del vulgo fábula y desprecio?

Convengamos al fin en que, por suerte, bien entrambos a dos nos conocemos, y pues ambos a dos nos descubrimos, nada, por fin, entrambos nos debemos. Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo, y, pues ambos un fin nos proponemos, justo es que cada cual llegue a su modo.

*Dichos, Samuel y el Embajador, por el fondo.*

SAM.—¡Gracias a Dios!

JUAN.

El nos ayude, amigos.

EMB.—Grave susto nos disteis, Colmenares.

JUAN.—*(Frvolamente.)*

Los cielos, ¡vive Dios!, me son testigos de que más de una vez me di por muerto y de todos el fin tuve por cierto.

El oro derramé con manos llenas por penetrar al laberinto oscuro de las dudas que entonces me acosaban; todos los cargos vi que se me hacían y todos de asesino me culpaban, mas nada, a fe, de conspirar decían.

SAM.—Mas los jueces...

JUAN.

Asaz interesados,

fallaron mi sentencia conforme a su interés, no a su conciencia.

SAM.—*(Con satisfacción.)*

La noticia indecisos esperamos, mas cuando esta mañana la supimos nos réimos, don Juan, y respiramos.

JUAN.—El caso es muy donoso, ciertamente; no se ha visto sentencia más graciosa.

Mas pasemos, señores, a otra cosa; no hay más que hablar: con vuestro plan seguimos.

SAM.—¿Y el rey?

JUAN.

¡Oh! Más que nunca confiado;

hoy mismo con su mesa me ha brindado;

Mas yo sé bien, o me alucino mucho,

que espléndido banquete le preparo

que ha de costarle, por quien soy, bien caro.

EMB.—Abreviemos, si os place, de razones.

SAM.—Sí; obremos de una vez, que no tenemos a cientos ya a escoger las ocasiones.

JUAN.—Tenéis razón, amigos; empecemos.

¿Los de Aragón?...

*(A doña Aldonsa.)*

ALD.

En la ciudad entraron;

Guzmán con ellos la señal espera,

y aquí vendrá si la ocasión le ayuda favorecido por la sombra muda.

EMB.—Mañana nos dará pública audiencia el rey en el alcázar.

JUAN.—*(Al Embajador.)*

Ese tiempo le da nuestra sentencia.

Ea pues, ya sabéis cuanto hace al caso; empedred del oráculo la farsa;

que entre la turba de cristianos locos

que por mentiras os darán dineros, entrarán de los nuestros unos pocos;

no me los confundáis con la comparsa.

(A doña Aldonza, con galantería.)

Dadme el brazo, señora,

si aun alcanzo a serviros de escudero.

ALD.—Pues no podéis ya ser mi caballero  
la última vez tomadle por ahora.

*Samuel y el Embajador.*

SAM.—Dejemos a esos necios embriagados  
en sus ciegas y torpes vanidades.

EMB.—Hablad de don Enrique.

SAM. Ya consiente

en dar a Mahomad esas ciudades  
que le pide, tal vez muy exigente;  
pero es justo, sin duda,

que pague cara su eficaz ayuda.

EMB.—¿Dará, pues, los poderes necesarios?

SAM.—No; pero pues tan varios  
sucesos prestarán mil ocasiones,  
de ellas se quitarán las guarniciones,  
y con faz de sorpresa

tomaréis lo que os toque de la presa.

EMB.—Quedará, pues, Castilla  
reducida a un pedazo de terreno...

SAM.—Sí, donde ondule el pabellón ajeno.

EMB.—Permitid que os replique,  
Samuel, puesto que tanto os interesa,  
según se ve, su causa,

¿por qué aquí no os quedáis con don Enrique?

SAM.—No más reyes que pobres y altaneros

nos adulan menguando su grandeza

y nos pagan después, crueles y fieros,

dando a su pueblo ruin nuestra cabeza.

Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro

desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.

EMB.—Ya veis lo que os escribe

mi rey, y claro está que os los recibe.

SAM.—Llevad a cabo, pues, lo comenzado.

EMB.—¿Habéis ya a vuestras gentes avisado?

SAM.—Hoy avisados fueron;

mis amigos y fieles servidores

por el vulgo las nuevas esparcieron

de que el muy sabio embajador que cura

del ánimo y del cuerpo los dolores,

a admitir se dispone sus visitas,

y ya el crédulo vulgo se apresura

a consultar al mago

en el silencio de la noche oscura.

EMB.—Está bien. A los jefes instruidles

del ridículo oráculo;

lo que importe decidles,

yo al vulgo engañaré.

SAM. Y poned cuidado.

Vendrá larga caterva de importunos

y de necias muchachas engañadas,

tras de esperanzas mentirosas unos,

tras de ventura y predicciones otros;

pero vendrán entre ellos

las ánimas, que esperan de nosotros,  
no plegarias mentidas ni oraciones,  
sino armas afiladas,  
el oro y las secretas instrucciones  
que les serán por vuestro labio dadas.  
EMB.—Presto, pues, el oráculo empecemos.  
A los nuestros daremos lo que importa,  
y al vulgo sin razón le mentiremos.

*Samuel y el Embajador salen por la derecha. Aparecen en seguida, por una puerta falsa de la izquierda, don Pedro con don Diego García de Padilla y dos ballesteros de su guardia.*

PED.—¡Aquí, lebreles, y alerta!

A la primera señal  
le eháis al cuello un dogal  
y le ahorcáis en esa puerta.

PAD.—Ved que es ese hombre, señor,  
embajador de Granada.

PED.—¿No acuso, pues, la embajada  
si cuelgo al embajador?

*(Padilla y los ballesteros se retiran. Don Pedro va a ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.)*

Yo cazo por afición  
ya un insecto, ya una fiera;  
pues hallo esta ratonera,  
cacemos este ratón.

*Don Pedro y el embajador. Vuelve el moro, y al cerrar la puerta se halla cara a cara con don Pedro, que echa mano a la llave, y quedan un momento en silencio mirándose uno a otro.*

PED.—Buenas noches nos dé Dios.

EMB.—(¿Por dónde ha entrado este  
[hombre?])

PED.—Nada hay aquí que os asombre.

EMB.—¿Sois?...?

PED. Un hombre como vos.

EMB.—¿De la casa?

PED. Justamente.

EMB.—¿Amigo de don Samuel?

PED.—Mucho.

EMB. ¿Y por mandato de él  
venís a mí?

PED. Cabalmente.

EMB.—Pero en mi mente no cabe...

Sin tropezaros en mí,  
¿cómo habéis entrado aquí?

PED.—Por el ojo de la llave.

EMB.—¿Qué es esto? ¿Venís de mofa?

PED.—¿Unos muertos no esperáis?

Que se aparezcan dudáis,  
pues, las gentes de esa estofa...

EMB.—¿Cómo?

PED. ¿No oisteis decir  
que un muerto espíritu es,  
y no necesita pies  
ni por dónde, para ir  
ni venir?

EMB. ¡Mas no comprendo,  
por Alá!

PED. Tened paciencia;  
y os explicaré mi ciencia,  
y ya lo iréis comprendiendo.  
*(Tiéndese don Pedro en un almohadón, y sigue diciendo, en tono burlón.)*

Hay sabios tan pobrecitos,  
que tras cualquier embustero  
se van hacia el matadero  
dóciles como cabritos.

Hay muertos tan infelices,  
que, a pocas apariciones,  
a tumbos y tropezones  
dan en tierra de narices.  
Y hay astrólogos tan rudos,  
tan menguados adivinos,  
que en lo que hace a sus destinos  
sus horóscopos son mudos.

*(Hace el moro un movimiento de resistencia.)*

No resistáis, voto a tal,  
que vengo muy bien armado,  
y cogiéndoos descuidado  
el combate no es igual.

Que sois, he oído decir,  
un mago más que mediano.  
Tomad: aquí está mi mano;  
*(Tierde la mano armada con guantelete.)*

decidme mi porvenir.

EMB.—(¡Dismulemos, pardiez,  
quién es hasta descifrar!)

Aunque era justo negar  
respuesta a tanta altvez,  
porque no cede la ciencia  
a la fuerza o la amenaza,  
os disimulo la traza  
de tan rápida exigencia.

PED.—Ved que también adivino  
soy, y a mi vez os diré,  
poco o mucho, lo que sé,  
que os guarda vuestro destino.



EMB.—Entonces esta molestia nos podemos excusar.

PED.—(Aun voy con él a cerrar como quien caza una bestia.)

¿Conque, no sabéis decir, ni mirando a lo pasado, lo que ha sido de un soldado, ni cuál es su porvenir?

EMB.—(Dudando estoy.)

PED. Bien está.

Pues reservado os guardáis,

fuerza es que de vos oigáis

lo que fué y lo que será.

Vos fuísteis Marcos Martín,

que en sus traidores afanes

servisteis a los Guzmanes,

y les vendisteis por fin.

La razón os la diré:

Cuando un bastardo ser quiso

rey de Castilla, preciso

buscar un veneno fué.

EMB.—¡Cielos!

PED. Lo aprontasteis vos.

Descubierto, con el oro

que hurtasteis, fuísteis al moro

y renegasteis de Dios.

Ayudando al rey Bermejo

en Granada a conspirar,

cuando rey se hizo llamar

os hizo de su consejo. (Pausa.)

Te he dicho Marcos Martín,

lo que ha sido tu pasado;

atiende ahora con cuidado,

que voy a hablar de tu fin.

O con la mía se acuerda

tu voluntad desde hoy,

o te juro, por quien soy,

que bailas en una cuerda.

EMB.—(Rendirse sin pelear

fuera locura extremada.)

PED.—¿Qué dices? (Con altivez.)

EMB. No digo nada.

¿Eso es negar u otorgar?

(Arrancando con indignación.)

¿Por quién me tomáis a mí,

mortal miserable y necio,

que viene a poner a precio

mis pareceres aquí?

¡Necio de mí, si mi ciencia

quién sois no me revelara!

PED.—¿Y es perspicacia tan rara

de tu ciencia o tu conciencia?

EMB.—Vos, criado entre traidores,

traiciones doquier soñáis;

de las estrellas dudáis,

de sabios y de doctores.

(Con tono de inspiración. Don Pedro trémulo de ira.)

Yo vine de mi señor con mi ciencia poderosa, de vuestra nación leprosa médico y embajador.

¿Y de una historia indecente me hacéis el protagonista?

PED.—(Levantándose y dando una patada en el suelo.)

¡Nuestra Señora me asista;

y aun hablará el insolente!

Escucha, sabio doctor

y embajador compasivo:

voy a desollarte vivo

y a mandarte a tu señor.

¿Piensas que tengo tan flaca

la memoria, o tan menguado

el enojo, que, irritado,

mi cólera el tiempo aplaca?

¡Siervo, apóstata, asesino,

mal comparado, vil ladrón!

¿piensas que es tu salvación

ese disfraz de adivino?

¡Despoja de esos trebejos!

(Arráncale de un tirón la capellina que le cubre todo.)

¡Padilla!

Padilla y dos ballesteros, que aparecen a la voz de don Pedro, mientras Marcos no acierta a volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles, que han de servir para el disfraz de don Pedro, y le llevan.

PED. A ese embajador

servirás de confesor.

Guárdale bien y no lejos.

Don Pedro.

¡Darán al mozo un juguete

y alguna presa al león!

Por Dios que de diversión

servirán al mozalbeta.

(Hace lo que va diciendo.)

Cálome esta mantellina,

coloco la luz de modo

que en sombra quede yo todo,

mientras el resto ilumina.

Abro, me cubro, me siento,

y a adivinar me preparo.

A fe mía que muy caro

pagan mi entretenimiento.

Don Pedro y Blas.

BLAS.—Este es, sin duda, el doctor.

PED.—¿Quién va?

BLAS. Blas Pérez.

PED. (¡Por Cristo

que está al reclamo bien listo!)

Diga, pues.

BLAS. (Dame pavor tan melancólica estancia.)

Es el caso... yo... ¿No sé cómo empezar.)

PED. (Siempre fué tan cobarde la ignorancia.)

En fin, ¿qué quiere de mí, Blas Pérez?

BLAS. Venganza quiero.

PED.—¿Y de quién?

BLAS. De vos la espero, pues me encaminan aquí.

PED.—¿Y qué es ello?

BLAS. Ello es, señor, que hace tres noches, en una lluviosa y negra, oportuna para el cobarde y traidor, mi padre...

PED.—(Interrumpiéndole.)

Bien, le mataron.

BLAS.—Sí, murió a manos de un hombre...

PED.—Colmenares, sé su nombre...

BLAS.—¿El hecho, pues, os contaron?

PED.—¿Qué es mi saber en esencia si lo pasado no acierto?

BLAS.—(¿Si le habrán dicho que ha [muerto

los hombres y no su ciencia?)

PED.—Sea como quiera, adelante.

Un soldado te ayudó, y por él la ronda dió tras de ese hombre en el instante.

A él te arojaste audaz, mas te detuvo un soldado; que aún no era el tiempo llegado para tal temeridad.

BLAS.—Todo lo sabéis, sin duda, y puesto que a vos me envían,

está claro que sabían que me podéis dar ayuda.

PED.—¿No te la dió el tribunal?

BLAS.—(Con desprecio.)

Si Dios otra vez naciera

y entre sus uñas cayera,

pasáralo, a fe, muy mal.

PED.—¿No hay, pues, justicia en Se- [villa?

BLAS.—Fué mi padre zapatero.

PED.—¿Quién en la ley es primero?

BLAS.—Los más ricos en Castilla.

PED.—¡Mire el mozuelo insolente

lo que dice antes de hablar!

BLAS.—Ved si me habéis de vengar o me vuelvo.

PED. Blas, detente.

¿Tan mal te trató la ley que así decidido estás?

BLAS.—Y no me volviera atrás aunque atropellase al rey.

¡Oh! mataré a Colmenares donde quiera que halle espacio;

en la calle o en palacio, aun al pie de los altares.

PED.—¡Impío!

BLAS. Seré imparcial; obraré con mi enemigo como el tribunal conmigo.

PED.—Pues ¿cómo obró el tribunal?

BLAS.—Qué, ¿no lo sabéis, señor?

El tribunal, por su oro,

le priva un año del coro,

que en vez de pena es favor.

PED.—¿Eso más?

BLAS. Conque es decir, que al cabo, por buena cuenta, cobra como antes su renta al coro sin asistir.

Ved, pues, si tengo razón; y si vuestra ciencia alcanza a mi padre a dar venganza, busca presto la ocasión.

PED.—(Fuego de Dios es el mozo, y qué derecho se va

a su asunto.) Bien está;

concédote sin rebozo

la razón, pues es tan clara;

y pues por venganza vienes,

¿a que te ponga te avienes

al matador cara a cara?

BLAS.—¿Que si me avengo? ¡Sí, a fe!

PED.—Mañana a palacio irás;

con eso paso te harás

(Dale una seña.)

hasta donde alguien esté

que te ponga en la ocasión.

BLAS.—¡Yo a palacio! Fuera yerro;

me echarán de él como a un perro

al saber mi condición.

PED.—Si a tu padre has de vengar

tal orden has de cumplir.

BLAS.—Con esto a palacio he de ir...

¿Y qué falta me hace entrar?

PED.—Obedece a tu destino

que así dispone que muera

porque si le matas fuera

te ahorcarán por asesino.

BLAS.—Vos queréis hacer el bú,

y puede ser... ¡vive el cielo!

PED.—Obedece, rapazuelo,

a quien sabe más que tú.

(Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio.)

¿Diste a Diego sepultura?

BLAS.—Se la di.

PED. ¿Y al otro?

BLAS.— (Asombrado.) ¡Cómo!

¡Sabéis también!...

PED. Pies de plomo

necesita esta aventura;

tenlos y no olvides, Blas,

que quien con muertos pelea

es muy posible que lea

tus pensamientos, y más.

¿Con la bolsa del soldado

los enterraste a los dos?

BLAS.—La misma noche. (Por Dios,

que esto no se lo han contado.)

PED.—¿Hablarán los que lo hicieron?

BLAS.—Su oficio es sólo enterrar.

PED.—La lengua, pues, se han de atar

o sepultura se abrieron.

Mañana a palacio.

BLAS. Iré.

PED.—¿Me tienes más que decir?

BLAS.—Nada más.

PED. Te puedes ir,

y hasta mañana.

BLAS. ¿Os veré?

PED.—¿No te prometió el soldado

darte a Colmenares?

BLAS. Sí.

PED.—Pues lo que él promete, a mí

cumplir me está encomendado.

(Al despedirle.)

Y cree, Blas, al adivino:

Quien los misterios no calla

de este cuarto, por él halla

del otro mundo el camino.

BLAS.—(Seguiré, a fe, su consejo

que todo este hombre lo sabe,

y el negocio es harto grave,

pues que se arriesga el pellejo.)

PED.—¿Qué aguardas?

BLAS. Yo más quisiera

preguntar... mas tengo miedo.

PED.—Vete, que en vengarte quedo.

BLAS.—Mas decid...

PED. ¡Váyase fuera! (Vase Blas.)

Don Pedro.

¡Mató a Pérez Colmenares,

y el crimen pagando en oro

prívanle un año del coro!...

¡Y matan a otros pelgares

por robar un alfiler!

Bien... ¿La justicia atropella

mi justicia? Haré con ella

lo que ella acostumbra a hacer.

Alguien llega. ¿Quién va allá?

(Vuelve a colocarse, como al principio, a la sombra de la lámpara.)

Don Pedro y Robledo.

ROB.—Animas y embajadores.

PED.—(Aquí empiezan los traidores.)

¿Está todo?

ROB. Todo ya;

sólo falta repartir

el oro que ha de pagar

los brazos que han de lidiar

y armas con que han de refir.

PED.—Tomad: en este bolsón

lo necesario tenéis;

las armas encontraréis

en San Benito.

ROB. ¿No son

los monjes el rey amigos?

PED.—Que eso crean es muy bueno,

que así estará el rey ajeno

de haberlos por enemigos.

ROB.—Eso sí; podéis fijar

seña y hora.

PED. Con prudencia

meted gentes en la audiencia

que mañana me han de dar.

ROB.—Luego, mañana...

PED. Así es:

al oír el esquilón

sable en mano y al salón.

ROB.—Allí muere a nuestros pies.

PED.—¿Quién parecer le ha pedido?

ROB.—¿A un mismo fin coligados

no estamos todos?

PED. ¿Pagados

no habéis vosotros venido?

ROB.—La canalla sí, yo no.

PED.—¿Qué prendas derecho os dan

a ser más? ¿En dónde están

las gentes que pagáis?

ROB. ¿Yo?

Soldado valiente soy,

que arriego en esta partida

sí no mis doblas, mi vida.

PED.—Por canalla, pues, os doy,

que eso arriesga la canalla

cuando a los palacios osa

y es que no tiene otra cosa

que perder en la batalla.

ROB.—¡Vive Dios!

PED. Calle y va bien,

que, pues, en esta querella

arriesga él tanto como ella,

canalla será también.

ROB.—Hombre soy...

PED. ¡Por Satanás,

he aquí lo que son soldados!

Beben y riñen osados

y no sirven para más.  
Robledo, llévate ese oro;  
las armas, en San Benito,  
y mañana, al primer grito  
en el salón junto al moro.

ROB.—¿Pensáis, pues, hereje vil  
que, muchachos de una escuela,  
nos lleváis tan sin cautela  
como ovejas al redil?

Iguales hemos de ser,  
pues lidiamos por igual;  
o vais a pasarlo mal,  
por vida de Lucifer,  
que no faltaré quien, roto  
algún cabo de la rueda,  
romper el círculo pueda...

PED.—(Si habla mucho le acogoto.)  
Digoos que iréis a palacio  
con vuestra gente pagada,  
y a la primer campanada  
fuego; y no andéis tan reacio,  
porque paga vuestro cuello.

ROB.—Pues bien.

*(Don Pedro, impaciente, se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas, armadas de acicates y mallas, a usanza de los caballeros cristianos.)*

PED.—Eh, largo de aquí.

ROB.—¡Santo Dios! ¿Calzan así  
los moros?

PED. (Topó con ello.)

*(Llévale don Pedro a la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra.)*  
Dicen que es por las pezuñas  
fácil con el diablo dar.

*(Muéstrale un pie.)*

¡Ay si llegáis a contar  
que le habéis visto las uñas!  
*(Le enseña una mano armada de guantelete, y cierra la puerta, dejándole fuera.)*

*Don Pedro.*

Si le digo al fin, quién soy  
a darle muerte me obligo;  
mas si quién soy no le digo  
todo lo descubre hoy.  
¡Oh, harále prudente el miedo!  
Padilla.

*Don Pedro y Padilla.*

PED. Si a San Benito  
no va, por Cristo bendito  
que me prendáis a Robledo.

PAD.—Han de recelar, señor,

los demás de esa medida.  
PED.—Pues prométele la vida.

PAD.—Dineros fueran mejor,  
que tal vez, desesperado,  
si alcanza que ha de morir,  
se negará a consentir  
a su partido obligado.

PED.—Entonces poco me importa;  
si se niega le ahorcarás,  
y tras él a los demás.

Así es la función más corta.

PAD.—Si permitís que os pregunte  
sin desacato, señor,  
¿no era eso mucho mejor?

PED.—Mil gracias por el apunte.

PAD.—Si os ofendí, perdonad.

PED.—¿No sabéis que ellos decían  
que al león entretendrían?

¿No se entretiene en verdad?

Dúrale la diversión  
mientras el hambre no le apura;  
esto es, el juguete dura  
mientras harto está el león.

PAD.—Pero advertidos de cierto  
tarde o temprano...

PED. Ya basta,  
Padilla; mientras se gasta  
mi juguete me divierto.

PAD.—Mas no perdáis la ocasión  
por un infantil capricho.

PED.—Me divierto y está dicho;  
darles quiero una lección.

Ya viste el vulgo que, necio,  
se agolpaba en el umbral;

¿no merece, voto a tal,  
mi burla con mi desprecio?

En pos viene del oráculo  
de un decantado adivino,  
y le usurpa ese asesino  
de la ciencia el tabernáculo.

Contra su rey conjurados  
porque igual premia y castiga,  
en larga y secreta liga  
su alcázar minan osados.

Al vulgo insensato admiran,  
y a pretexto de arte mágico  
a un fin más sangriento y trágico  
con sus misterios conspiran.

Ahora bien, pues cazadores  
sin tiento, cuadrilla loca,  
de su cueva hasta la boca  
siguen al león vencedores,  
de sus peñas al abrigo  
saldrá el león de repente.

PAD.—Pues ese dicho insolente  
os picó.

PED. Padilla amigo,

confiésolo, pues me obligas;  
los tigres, los elefantes  
provocan al león pujantes,  
mas le insultan las hormigas.  
¡Oh! ¡Pues astuto y mañero  
todas por fin las junté;  
mañana las pisaré  
al cegar el hormiguero!  
*(Padilla se retira a una señal de don Pedro.)*

*Don Pedro vuelve a colocarse tras de la mesa, como antes, y sale Teresa con manto que le cubre el rostro.*

TER.—¿Sois vos el sabio doctor  
que duelos del alma cura?

PED.—No es mi ciencia tan segura  
que alcance a tanto dolor.

¿Quién sois?

TER. Soy una mujer  
pobre, triste y desvalida,  
a este lugar impelida  
por sus cuitas.

PED. Puede ser  
que contenta no salgáis,  
pues siendo tan desdichada  
la verdad no será nada  
propicia. ¿Cómo os llamáis?

TER.—Mi nombre ¿qué importa aquí?  
Sé que obedece la ciencia  
con lisonja a la opulencia,  
mas yo del vulgo nací.

*(Deja en la mesa una moneda.)*

Sin embargo, esto es, señor,  
cuanto, pobre, os puedo dar;  
ved si eso puede comprar  
vuestra ciencia.

PED. No es valor  
que se paga con dinero:  
guardaos esto; decid  
lo que queréis, y advertid  
que en todo ayudadlos quiero.

TER.—Dos cosas que consultar  
tengo.

PED.—Decid la primera.

TER.—Saber en dónde quisiera  
a un soldado podré hallar.

PED.—La segunda.

TER. El nombre oír  
del traidor que hace tres días  
mató a mi padre.

PED. ¿Tenías,  
antes del padre morir,  
sospecha de azar tan duro?

TER.— Si lo hubiera sospechado,  
señor, le hubiera salvado.

PED.—¿Es ella? Aun no estoy se-  
[guro.]

¿Murió tu padre en la calle?

TER.—Sí, señor.

PED. ¿A puñaladas?

TER.—Sí, señor.

PED. ¿Era pasadas  
las ánimas al matalle?

TER.—Sí, señor.

PED. ¿De ello testigo  
fué ese soldado a quien vas  
buscando?

TER. Así fué.

PED. ¿Quizás  
le amaste?

TER. Mostróse amigo  
de mi padre, y...

PED. Di a tu hermano  
que aquel que mañana vea  
que en la audiencia real pasea  
departiendo mano a mano  
con el rey, ese es el hombre...

Y en cuanto a ese otro soldado  
a quien buscas, ha mudado  
traje, condición y nombre.

TER.—¿Pero verle no podré?

PED.—Y si el que tú buscas no es ya,  
¿de qué hallarle te valdrá?

TER.—Mis cuitas le contaré;

las fiaré a su cuidado,

y, amante o compadecido,

valiente sé que ha nacido

y obrará como un soldado.

PED.—Mucha fe tienes en él.

TER.—Le amo, y vengárame al cabo,  
que le llaman Pedro el Bravo.

PED.—Y también Pedro el Cruel.

TER.—No será entre las mujeres  
dónde use nombre tan fiero.

PED.—¿Tanto le quieres?

TER.—Le quiero.

PED.—Pues, Teresa, no le esperes.

Pedro es un valiente, sí;

te vengará, porque es justo,

mas, aunque oírlo sea susto,

no es ya Pedro para ti.

TER.—Razón no alcanzo, señor.

PED.—Hay entre ambos largo trecho  
y es un mal que ya está hecho.

TER.—Todo lo iguala el amor.

PED.—¡Imposible!

TER. Yo no digo

que si es rico, noble, avaro,

mi amor me pague tan caro

si con mi amor no le obligo.

Si, aunque pensarlo me pesa,

con otra casado está,

el daño mortal será

no para él, para Teresa.



No le humillará mi amor;  
si venga a mi padre y lava  
mi afrenta, será su esclava,  
porque él será mi señor.  
Si a alguien con amarle ofendo,  
nadie me podrá estorbar  
que pueda en silencio amar  
objeto que no pretendo.

PED.—(¡Pobre muchacha!) ¿Y si fuese  
Pedro un falso y un traidor?

TER.—No conseguirá un error  
que por él no me interese;  
aun si mente le amaré.

PED.—¿Y si es un vil, cuyo oficio  
te infama?

TER. Haré un sacrificio  
y su infamia partiré.

PED.—¿Y si su conducta loca,  
con depravada intención,  
a tu orgullo, con razón,  
y a tu honor, Teresa, toca,  
le amarás?

TER. Siempre, aunque triste  
lloraré mi desventura,  
y no habrá fin mi amargura  
si es verdad.

PED. Tú lo dijiste;

él sabía que hasta ti  
no se podía bajar,  
y te enamoró a pesar.

¿Quieres aún buscarle?

TER. Sí.

La última vez verle quiero,  
y en nombre de aquel amor  
voy a encomendar, señor,  
mi venganza a un caballero.

PED.—¡Sí, por Dios! Y no te engaña  
tu amor, que si te ha mentido,  
te vengará arrepentido,

que es quien es. (¡Mujer extrñal  
Veamos.) ¿Antes tuviste  
que él otro amor?

TER. Le olvidé.

PED.—¿Quiérete aún?

TER. No lo sé.

PED.—¿Dice?...

TER. Que sí.

PED. Mal hiciste.

Toma ese anillo; al mostrarle  
paso en palacio te harán  
y hasta el rey te llevarán.

TER.—¡Al rey!

PED. A él debes llevarle;  
Pedro Bravo estará allí,  
háblale... y lleva contigo  
al alcázar a ese amigo  
que anda perdido por ti,

TER.—¿Y qué relación?...

PED. No dudes,

Teresa: ¿de qué en conciencia,  
me serviría la ciencia,  
a que confiada acudes,  
si remedio no te hallara?  
Ve a palacio, y de contado  
verás a Diego vengado  
y a Pedro Bravo la cara.

¿Quieres más?

TER. Si no temiera  
que mi empeño...

PED. Di y concluye.

TER.—¿De mí Pedro Bravo huye  
por desamor?

PED. ¡Necio fuera!

Te quiere cada vez más,  
pero sigue mis consejos:  
ama a Pedro desde lejos,  
no se lo digas jamás.

TER.—¡Me aterráis!

PED. Tú eres muy bella,  
él es mozo, y, aunque bueno,  
su amor es bruto, sin freno,  
que cuanto alcanza atropella.  
Harto dije; vete pues.

*Don Pedro*

¿Con su deshonra qué gano?

No quiero ser tan villano  
con quien tan sincera es.

Casta y sencilla paloma  
presa en las redes de amor,  
que vayas libre es mejor  
que cruel gavilán te coma.

Yo te vengaré de mí,  
y al ver quién era yo y quién soy  
en que has de estimar estoy,  
por lo que soy, lo que fui.

¿Quién va?

*Don Pedro. Juan, con mandil y cuchillas al cinto.*

JUAN. Juan Cortacabezas  
con todos sus menesteres.

PED.—¡Voto a San Gil! ¿Y qué quie-  
res?

JUAN.—Sabedor de mis proezas,  
aquí me envió don Samuel  
para que hablara con vos;  
conque bien sabréis los dos  
para qué me envía él.

PED.—(¿Quién es este zafio?) Orién-  
tame

de tus hazañas, y a ver  
si me sirves.

JUAN. Que saber  
no hay mucho.

PED. Despacha, cuéntame.

JUAN.—Llámome Juan, soy de oficio  
carnicero o cortador,  
si os place, y tanto amor  
le profeso a mi ejercicio  
que vendo al sol y peleo  
por la noche, y de este modo,  
aunque igual no valgo todo,  
siempre es igual el empleo.

PED.—Entiendo; conque, ¿es decir  
que eres de esos que en Sevilla  
ponen precio a una cuchilla  
sin ir al rey a servir?

JUAN.—Ya ve usarcó, nunca falta  
quien refunfuñe de todo.

PED.—Pues ya se ve.

JUAN. De ese modo  
siempre a un buen hombre le asalta...  
pues... dan en decir algunos  
que siempre mi calle a oscuras  
está, y otras mil locuras  
que a la fin...

PED. Toma. *(Dale un bolsillo.)*

JUAN. ¿Hay aquí  
precio?...

PED. De un hombre no más.

JUAN.—Bien vale, por Barrabás.

PED.—¿Te dijo el nombre Leví?

JUAN.—No.

PED. Pues mañana temprano  
ve al alcázar, y qué hacer  
te darán.

JUAN. Ya empiezo a ver,

¡válgame Dios soberano!

Yo of decir que hay quien piensa

que el rey... ¡Oh, si fuera cierto!

*(Don Pedro le echa una mirada de  
desprecio, diciéndole, con tono de am-  
bigua interpretación.)*

JUAN.—Si tienes buen acierto  
doblarán la recompensa.

Vete.

JUAN. ¡Si supiera tall

*Don Pedro.*

¡Cortacabezas! ¡Buen nombre!

¡Mañana veré si a ese hombre

se lo han dado bien o mal!

¡Padilla!

*Don Pedro y Padilla. Después Marcos  
Martín entre dos guardias.*

PED. Tráeme a ese mago.

*(A Marcos.)*

Martín, pues tan mal empleas

tu ciencia, es fuerza que veas  
los horóscopos que yo hago.

Ven acá: ese pergamino

has de escribir a Samuel,

y vas a fijar en él,

bueno o malo, tu destino.

Dile que oportuna ausencia

es del caso, que está todo

previsto y que haga de modo

que estén todos en la audiencia.

*(Marcos escribe. Don Pedro le mira  
con escrupulosa atención.)*

Y ve que si un garabato

te veo hacer que no entienda,

tu vida tengo por prenda...

Escribe limpio o te mato.

*(Toma don Pedro el pergamino y lo  
examina detenidamente.)*

Está bien, a una prisión

llevadle, y a la hora dada

mañana irá su embajada

a dar al rey al salón.

*(Asen los ballesteros a Marcos, que  
ha quedado en pie junto a la mesa  
donde escribió, y al pasarle por de-  
lante de don Pedro le dice éste.)*

Si obedeces vivirás;

de otro modo, tu torpeza

te costará la cabeza.

Padilla.

*(Mientras vuelve Padilla, don Pedro  
cierra la puerta por donde han entra-  
do los que se supone venir de la calle,  
y descorre el cerrojo de la del fondo,  
que se supone dar a las habitaciones  
interiores de Samuel. Hecho esto y  
puesto el pergamino en parte visible  
de la mesa, vase hacia don Diego  
García de Padilla. Salen, y Padilla  
vuelve a la voz de don Pedro.)*

*Don Pedro y Padilla.*

PED. Con él irás;

que no hable ni al confesor,

y cumpliendo su embajada,

en una caja cerrada

la cabeza a su señor.

PAD.—¿No le dijisteis?

PED. Lo siento;

mas tener cuenta es preciso

del refrán con el aviso:

*Quien hace un cesto hará ciento.*

# ACTO CUARTO

## PARTE PRIMERA

Galería corta, con puerta en el fondo, en el Alcázar de Sevilla.

*Don Pedro y doña Aldonza.*

PED.—¡Eso dicen! Vive Dios, Aldonza, que no lo entienden. Si aún nos queremos los dos, bien lo veis, hermosa, vos.

ALD.—Meter cizaña pretenden.

PED.—Eso sí, y por mejor prueba os voy a decir la nueva con que me han venido a mí: que Albar Pérez está aquí.

ALD.—¡Cuento!

PED. El aire se lo lleva.  
¡Oh! Pero ved la perfidia con que lo cuentan: añaden que Lacerda ya no lidia por el rey.

ALD. Dichos de perfidia.

PED.—Al menos me lo persuaden; mas no es eso todo aún:

os hacen de mancomún con vuestro pobre marido, que anda de celos perdido fraguando el daño común.

ALD.—¡Pero vos no lo creeréis!

PED.—¿Yo? ¡Ni por pienso! Escu-  
[chad:

aun hay quien dice que habéis vos bajado a la ciudad a verle.

ALD. Y vos...

PED. Ya lo veis: siempre en vuestros ojos preso, perdido siempre de amor, desprecio al vulgo sin seso, y aun casi me agrado de eso por confundirlos mejor.

ALD.—Mas dejadme preguntaros ¿qué se hace vuestra Padilla?

PED.—Indicios me dais bien claros de que ha podido enojaros; mas ved que no está en Sevilla.

ALD.—¿No la volveréis a ver?

PED.—Tuviérala por muy fea tras de veros.

ALD. Vaisme a hacer la más dichosa mujer.

PED.—Eso mi amor os desea.

ALD.—¡Oh! Será, mientras aliente,

mi anhelo amaros, mi gusto serviros, eternamente ser vuestra... y murmure injusto el populacho insolente.

Sois el sol con cuya lumbre, con cuyos vivos reflejos se goza la muchedumbre, y envidia que el sol me alumbre de cerca y a ella de lejos.

PED.—Decís, Aldonza, muy bien: os envidian porque os ven junto al sol, radiante estrella, mas será fuerza que a ella den culto a la par también.

¡Oh! Soy quien soy en Castilla y acatarán mis antojos; que de no, fuera mancilla para mí, luz de mis ojos, amor mío.

ALD. ¿Y la Padilla?

PED.—¿Celos tenéis?

ALD. ¡Qué sé yo!  
Mas al cabo...

PED. Eso acabó.

ALD.—¡La Padilla es tan hermosa!

PED.—Sed con ella generosa, yo la enamoré y me amó.

Perdonad, no os había visto todavía; un error fué, mas lo corregí bien listo.

La amaba, os vi, y la dejé.

(Bien lo hacemos, ¡voto a Cristo!)

ALD.—Mas entre el vulgo, señor, corréis por algo inconstante.

PED.—¿Y no decíais, mi amor, ha poco que es ignorante el vulgo y murmurador?

ALD.—Quien bien quiere bien sospecha.

PED.—¡Eh! ¿Quién hace caso alguno de cuentos de su cosecha?

Sin ir más lejos, ved uno con que estaréis satisfecha.

¿Sabéis lo que ha sucedido con Colmenares?

ALD. Sí, a fe.

PED.—Dió la muerte a un atrevido que le amagó.

ALD. ¡Descreído!



PED.—¿Y sabéis qué dicen?  
ALD. ¿Qué?  
PED.—Que lo mató porque, osado,  
el bribón se había negado  
a no sé qué devaneos  
con su hija... Dichos tan feos  
inventa el vulgo menguado.  
ALD.—(¡Cielos, qué luz!)  
PED. ¿Qué decís?  
ALD.—Me horrorizo del supuesto.  
PED.—Lo mismo que yo sentís.  
ALD.—El, tan amable, tan modesto...  
PED.—(Un buen par os reunís.)  
Mas, ahora que hablamos de él,  
¿sabéis que me hizo reír  
la sentencia? ¡Está al nivel  
de la ley de un rey tan cruel!  
ALD.—(¡Qué querrá este hombre de-

PED.—El vulgo canalla es.  
Sobre él pesa la justicia:  
el rico, el noble, a sus pies  
le tiene.

ALD. El vulgo codicia  
no más que sus doblas.  
PED. ¡Pues!

Mas ya le harán, vive Dios,  
ir de la nobleza en pos.  
(Con la cuchilla en la mano  
degollando dos a dos  
tanto insolente villano.)  
ALD.—Sois justo, señor, en eso,  
que os acata la nobleza  
y os defiende.

PED. ¡Oh! Lo confieso:  
por ella asaz me intereso.  
(Como ella por mi cabeza.)  
Mas veo allí a Colmenares;  
voy a celebrarle un rato  
sus aventuras y azares.  
ALD.—Y a fe que son singulares.  
PED.—(Como para sí.)

¿Amargarle?... ¡Mentecato!  
Bien muerto está el que mató.  
(Se echa a reír, observando la impresi-  
ón que sus palabras hacen en doña  
Aldonza.)

Y luego... ¡brava quimera!  
¿Quién amores le colgó  
con aquella zapatera?  
(Ríe.) ¡Oh! Voy a darle ahora yo  
gran zumba con su Teresa.

ALD.—¿Se llama así?  
PED. Dícenlo.  
Mas a vos ¿qué os interesa?  
ALD.—¿A mí? Nada.

PED. Cref.  
ALD. No;  
tan sólo lo pregunté  
por la zumba.  
PED. Bien está.  
Adiós, mi amor.  
ALD. El os dé  
compañía.  
PED. (Me holgaré  
si a ambos el diablo os la da.)  
(Vase don Pedro, y al llegar al fin  
del teatro se vuelve a mirar a doña  
Aldonza.)  
ALD.—(¡Necio! ¡Así vive tranquilo  
y hoy agoniza tal vez!)  
PED.—(Se traga el anzuelo el pez  
sin ver que va atado el hilo.)

Aldonza.

Vete, que a la muerte vas.  
¡Necios! De torpes placeres  
con una ilusión no más  
llevan a un hombre detras,  
como un perro las mujeres.  
¿Qué vale, sol de Castilla,  
tu atrevimiento y valor,  
si a pesar de tu Padilla  
aquí a mis plantas te humilla  
una sonrisa de amor?  
Mas caí en curiosidad;  
¿si acaso será verdad  
y por otro amor me deja?  
¡Oh, abriera la eternidad  
a tan maldita pareja!  
¡Y por quién! ¡Santa María!  
¡Por una villana tal!  
Grave el insulto sería,  
y por Dios que merecía  
castigo al delito igual.  
¡Ay!... miseria, nada son  
las cosas de nuestro ser!  
¡Qué inconstante el corazón  
donde hierve una pasión,  
donde alienta una mujer!  
Me dejó y le aborrecí;  
que le olvidaba creí,  
y hoy que de otro amor recelos  
tengo por él, ¡pesiamí!  
que de don Juan tengo celos.  
(Guzmán sale por un lado recatándose.)  
Mas ¿qué es esto? Un encubierto  
me acecha mal escondido  
tras el postigo entreabierto;  
se acerca... quién es no acierto.  
GUZ.—Ella es. (Saliendo.)  
ALD. ¡Cielos, mi marido!

*Doña Aldonza y don Albar Pérez.*

ALB.—Os hallo al fin, señora; ¿por qué, huraña,

os recatáis de mí? ¿Tenéisme miedo?

ALD.—Miedo, ¿por qué?

ALB.

Que preguntéis me extraña

lo que yo mismo preguntaros puedo.

Dime, Aldonza, ¿do estás, hace tres días,

que ni día ni noche doy contigo?

ALD.—¿Qué era, Guzmán, lo que de mí querías,

que así te afanas para dar conmigo?

ALB.—¿Qué quiero? ¿Qué el esposo con la esposa,

tras larga ausencia y pesadumbre quiere?

¿Y qué quiere la alegre mariposa

en torno de la luz en donde muere?

Aquella noche misteriosa y triste

que te hallé con los nuestros en la cita,

¿dónde, al salir con las tinieblas, fuiste?

Si me niegas tu amor, ¿quién me lo quita?

¿Qué haces en este alcázar?

ALD.

¿No lo sabes?

Soy la dama del rey.

ALB.

Voto a los cielos.

¿Y lo dices así?

ALD.

No era...

ALB.

No acabes,

o por Dios...

ALD.

¡Voto va! ¿Tenéis celos?

ALB.—Sí, celos, ¡vive Dios!, negros, horribles,

que me roen, Aldonza, las entrañas;

¡celos que están pidiendo, irresistibles,

sangre!

ALD. La habrá, Albar Pérez, no te engañas.

Habrá sangre, ¡pardiez! y no muy lejos;

ten al fijar los pies mucho cuidado,

Guzmán, porque, del sol a los reflejos,

has de andar con la sangre deslumbrado.

Las losas estarán resbaladizas

esta tarde en palacio.

ALB.

No hablo de eso;

hablaba de mi honor.

ALD.

De sus cenizas

hoy ha de alzarse por su propio peso.

ALB.—¡Hoy se alzaré y lo vendes!

ALD.

Te engañaron,

Guzmán; tiempo ha que a réditos le puse.

Y hoy, que a crecida cantidad llegaron,

justo será que los emplee y use.

ALB.—Acabemos, Aldonza; me interesa

mi honor más que mi patria y que mi vida.

Reine quien reine sobre tu honra pesa

mancha indeleble e incurable herida.

ALD.—No lo entiendes.

ALB.

El vulgo lo murmura.

ALD.—El vulgo es necio.

ALB.

Mas su lengua infama.

ALD.—Lo que hoy tacha, mañana, por ventura,

lo aplaudirá, Guzmán.

ALB. Deja la llama,  
donde prendió, su indeleznable huella,  
y no vuelve la fama por la honra  
que una vez marchitó.

ALD. No se atropella  
tan fácil la virtud por la deshonra.

ALB.—¡Mientes, Aldonza, mientes! ¿Aquí mismo  
no te he visto con él en amorosa  
conversación?

ALD. Te ciega tu egoísmo,  
Guzmán, y aun no conoces a tu esposa.

ALB.—¿Y en palacio no vives torpemente  
con la infame Padilla comparada?

ALD.—Y en palacio viviera eternamente  
hasta salir cadáver o vengada.

ALB.—Aun me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.

ALD.—Mala memoria tienes. ¿No has oído  
una historia contar, triste y sangrienta,  
de un Coronel que pereció vendido  
por mandato del rey, y en una torre  
a una mujer le dieron su cabeza?

Su sangre, Pérez, por mis venas corre;  
llámome Coronel: ve mi torpeza.

ALB.—¡Cómo! ¿Fraguaste tú...?

ALD.

¡Sí, por mi vida!

No hubo estorbos que el paso me  
tuvieran; familia y honra atropellé ofendida,  
y nada me importó lo que dijeran.

Le esperé, le acosé con mi hermosura;  
le sitié con mis ojos, e insensato  
cayó a mis pies, poniendo a su locura  
precio que ha de pagar, y no barato.

Jáctase de mi amor; público lo hizo,  
porque antes que le mude, antojadizo,  
por orgullo no más... ¡Oh, dura poco,  
pierde la vida por su orgullo loco!

ALB.—¡Y yo, Aldonza, contigo conspiraba  
por instinto también!

ALD.

Basta; dejemos  
que el tiempo llegue, que de andar no acaba.  
Fuerza es, Guzmán, que sospechar no demos.

*Guzmán.*

Juzgué mal, vive Dios. Bien ha pensado;  
ella a su padre vengará altanera,  
y del amor del rey irá vengado  
cuando a las manos de su dama muera.  
*Don Albar, don Pedro y Colmenares,  
cruzando por el fondo.*

PED.—¿Qué hombre es aquel, Colme-  
[nares?

COL.—No le distingo, a fe mía.

PED.—Voto a San Gil... juraría.

COL.—(¡Guzmán!... ¡Todo son aza-  
[res!)

PED.—El rostro recata; ve  
quién es. Que sea quien sea

no quiero que aquí me vea.

COL.—(Con eso le advertiré.)

PED.—(Así les podré acechar  
sin que ellos de ver lo echen.)

COL.—Porque, astutos, no sospechem  
le procurar apartar.

*Don Juan y don Albar.*

ALB.—¡Oh, vive Dios! ¡Qué recuerdo!  
¿Colmenares no es aquel?

¡De cierto a saberlo... ay de él!

JUAN.—(Halagarle será cuerdo.)

Guzmán, ¿en palacio así  
tan descuidado os estáis?

ALB.—¡Donde vos, don Juan, entráis,  
no me es dado entrar a mí?

JUAN.—De la corte estáis proscrito.

ALB.—¿Y encausado no estáis vos?

JUAN.—Es muy distinto, por Dios, el vuestro de mi delito.

Si maté a quien me ofendía  
fué mi causa la mejor.

ALB.—Si a mí me llaman traidor,  
mañana será otro día.

JUAN.—¡Tanto fiáis de la suerte!

ALB.—De mí a lo menos espero  
que moriré caballero,

sea cual fuere mi muerte.

JUAN.—Eso he oído decir  
de continuo a vuestra esposa.

ALB.—Mujer es muy generosa.

JUAN.—¡Oh! Con vos hasta morir.

ALB.—¡Bien conocéis su intención!

JUAN.—A su virtud me remito.

ALB.—¿Sabéis si por tal la admito?

JUAN.—(Diablos de conversación,  
qué giro tomando va.)

¿Pudierais vos dudar de ella?

Noble, generosa, bella  
y bien casada.

ALB. Quizá.

JUAN.—(¿Habla este hombre, o adi-  
vina?)

Si no es más que una sospecha.

ALB.—(¡El mentecato! Imagina  
que el disimulo aprovecha.)

Mas decidme, pues sabéis  
tanto vos de su hermosura,

de su vida y virtud pura  
más enterarme podréis.

JUAN.—¿Yo?

ALB. Vos, sí.

JUAN. ¡Qué extravagancia!

¿Su guarda, don Albar, soy?

ALB.—Que la guarda a probar voy,  
don Juan, a vuestra arrogancia.

JUAN.—¿Sospecháis tal vez?...  
[ra!]

ALB. De vos.

JUAN.—¿Por?

ALB. Un no sé qué me han dicho.

JUAN.—Pase si habláis de capricho.

ALB.—¡De veras hablo, por Dios!

Pero estamos en palacio  
y tal vez no muy seguros;

venid abajo a los muros  
y hablaremos más despacio.

JUAN.—No comprendo vuestro afán;

mas os veo algo irritado

contra mí, y tened cuidado

que nací noble, Guzmán.

ALB.—Vos lo decís, mas no basta.

JUAN.—¿De mi sangre dudaréis?

ALB.—Sé, don Juan, que descendéis

de ilustre y antigua casta;

pero palabras cortemos:

téngoos a solas que hablar.

JUAN.—Creo poder contestar.

ALB.—Venid, pues, y lo veremos.

JUAN.—Más fácil...

ALB. Os engañáis;

uno u otro ha de caer,

y en soledad ha de ser:

o morís o me matáis.

JUAN.—Será así, pero no ahora.

ALB.—¿Por qué no?

JUAN. Fuera locura

no dar cima a otra aventura,

y va llegando la hora.

ALB.—Pues...

JUAN. Esta noche.

ALB. Corriente.

JUAN.—Yo os buscaré.

ALB. Yo os espero.

JUAN.—Adiós.

ALB. Adiós.

JUAN. (¡Majadero,

de lo dicho se consiente!

¡Por una mujer ajena

y de quien cansado estoy!)

(Vase riendo.)

ALB.—(Curaré su ambición hoy  
con una estocada buena.)

*Don Juan, don Albar y Teresa. Al  
salir don Juan da con Teresa, que va  
a entrar.*

TER.—¡Cielos!

JUAN. ¡Teresa!

TER. ¡Ay de mí!

ALB.—¿Qué es eso?

TER.—(A don Albar.) Si sois hidalgo  
y el honor tenéis en algo,

sacadme, señor, de aquí.

JUAN.—(¡Qué diablos, cuánta aventura  
[ra!])

TER.—Una hora ha que ando perdida  
por esta casa traída

a ella por mi desventura.

JUAN.—(A don Albar.) Está loca.

TER.—(A don Juan.) ¡Loca dijo;

sí, loca por ti, cruel!

(A don Albar.)

Guiadme vos lejos de él,

señor.

ALB. (Celos son, de fijo.)

¿Quién es? (A don Juan.)

JUAN. No sé.

TER. ¡No lo sabe!

Monstruo, ¿y mi padre?

ALB.

TER.—Hidalgo, sacadme presto,  
(¿Qué es esto?)

antes que el furor me acabe.

ALB.—¿Pero qué buscas? ¿Quién eres?

TER.—Yo soy...

JUAN.—(Interrumpiéndola.)

Llévaosla, pues.

(Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)

TER.—Oh, señora, a vuestros pies; favor.

JUAN. (¡Ea, dos mujeres; se acabó!)

Don Juan, don Albar, doña Aldonza y Teresa.

TER. Por compasión, llevadme lejos de este hombre; tiene de cordero el nombre, con entrañas de león.

ALD.—¿Quién, muchacha?

TER. Ese asesino.

ALD.—¿Eso más?... Don Juan, muy [bien.

JUAN.—(Nos pierde.)

ALD. Conmigo ven, niña. (¡Rostro peregrino!)

JUAN.—(A doña Aldonza.)

Ved que su lengua imprudente os lleva al cadalso hoy.

TER.—Contenta al cadalso voy, que llevaré mucha gente.

¿Era por esto el afán de huir amante conmigo?

El mundo será testigo de mi venganza, don Juan.

JUAN.—Ved...

ALD. Quita, vil impostor.

ALB.—(Que les ha estado observando toda esta escena.)

(Oh, sí, de cierto eso es.)

Señor don Juan, salid pues.

JUAN.—Yo sé una interpretación; vamos.

ALB.—(A doña Aldonza.)

Y vos... tened cuenta

que he de lavar de mi afrenta hasta el último borrón.

¿Me entendéis?

JUAN.—(A don Albar.) ¡Y os diré!...

ALB. Nada.

Colmenares, lo sé todo.

JUAN.—Don Albar, pues de ese modo...

ALB.—No hay más lengua que la es- [pada.

(Salen.)

Doña Aldonza y Teresa.

ALD.—Id con Dios; viven los cielos.

¿Qué me importa de esa afrenta cuando no tengo más cuenta

que con mi rabia y mis celos?

¿Te llamas Teresa?

TER. Sí.

TER.—¿Quieres a ese hombre?

TER. Ya no.

ALD.—¿Le quisiste?

TER. Lo mandó

mi padre y obedecí.

ALD.—¡Tu padre!

TER. Fueron hermanos

de leche y era un deber,

mas nunca le pude ver.

ALD.—(¡Es ella y cayó en mis manos!) (Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas.)

¿Quién te ha dirigido aquí?

TER.—Señora...

ALD. Contesta. ¿Quién?

TER.—Un adivino.

ALD. Está bien;

adivinó para mí.

Robledo, venid acá;

a esta mujer detenedme

mientras...

TER. ¡Dios mío, acorredme!

ROB.—Y en palacio...

(Vase a volver doña Aldonza y se halla con don Pedro.)

PED. ¡Quién va allá!

ALD.—¡Cielos!

Dichos y don Pedro.

TER. El es, Pedro Bravo.

(Se echa a su cuello.)

PED.—¡Teresa!

TER. Oh, tenme contigo.

PED.—¿Qué dices?

TER. Sálvame digo.

ALD.—(De comprenderlo no acabo.)

PED.—Aldonza, ¿la conocéis?

ALD.—No me habíais dicho vos que de don Juan...

PED. No, por Dios;

alucinado os habéis.

Dejadnos.

ALD. ¡Cómo! ¿Con ella?

PED.—¿No lo veis?

ALD. ¡Pérfido! Ahora...

PED.—Idos a rezar, señora,

y dejad a esta doncella.

ALD.—No, don Pedro, aquí no os dejo sin que me expliquéis al cabo

qué es eso de Pedro Bravo.

PED.—Que os vayáis os aconsejo.

ALD.—Pues satisfecha no estoy;

¡no me he de mover de aquí,

que he de saber, pesiamí,

si al fin ofendida voy!

PED.—Idos y callad el pico, que yo a vuestro gabinete os enviaré un ramillete de flores y un abanico.

ALD.—¿Os mofáis?

PED. Si no os contenta os enviaré mi rosario y en él pondrá el emisario vuestra cabeza por cuenta.

*Don Pedro y Teresa.*

TER.—¡Pedro!... (*Tiernamente.*)

PED. No olvidéis, de hoy más, de aquel sabio los consejos: *Ama a Pedro desde lejos, no se lo digas jamás.*

TER.—¡Aun me privaréis!...

PED. Silencio,

Teresa. Viniste aquí venganza a pedir de mí; ven a ver cómo sentencio. Si te ultrajó Pedro Bravo don Pedro te satisface; por lo que a lo de antes hace, aquí empiezo y aquí acabo.

TER.—Señor, quienquiera que seáis, que aun comprenderos no puedo, para quien en nada quedo, pues do empezáis acabáis; vuestra palabra os levanto, pues que vais de mala gana, que me creo asaz villana para obligaros a tanto.

PED.—Ve recta por tu camino, muchacha, y confía en Dios; vas de la venganza en pos y es vengarte tu destino.

*Don Pedro toma de la mano a Teresa, que le sigue en silencio. Al salir por el fondo se hallan cara a cara con don Albar, que va a entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.*

ALB.—Razón tiene, esperaré a la noche; mas ¿quién va?

PED.—¿Quién es éste?

ALB. (¿Quién será?) No ha de verme.)

PED. (Le veré.)

¿Qué significa en palacio un encubierto?

ALB. O voy mal, o un embozado es igual.

PED.—¡Terco sois!

ALB. Y vos reacio.

PED.—¿Vais a entrar?

ALB.—¿Vais a salir?

PED.—Por sobre vos, según veo.

ALB.—Que entraré lo mismo creo.

PED.—(Conocíle, vive Dios.)

ALB.—Pues a uno y otro interesa salir y entrar sin ser visto; ved lo que hacen, ¡vive Cristo!, dos cuervos con una presa.

PED.—Con retóricas andáis; chistoso estáis, por mi vida.

Entrad, pues, mas la salida mirad por dónde la halláis.

Y pues sabéis comparar con las fieras a la gente, andaréis, Guzmán, prudente un consejo en escuchar.

(*Le lleva aparte. Robledo está al fin de la galería mirando la escena.*)

PED.—(A don Albar.)

El cuervo, cuanto más negro, fortuna más negra augura.

(*Se desemboza y se muestra vestido de malla.*)

Que hay cuervo es cosa segura.

ALB.—(Conociéndole.)

¡Cielos!

PED.—¿Le visteis? Me alegro.

(*Vuelve a embozarse con la mayor indiferencia y vase con Teresa. Robledo baja a la escena poco a poco.*)

*Don Albar y Robledo.*

ALB.—La voz del de la otra tarde,

¡San Dionis!, y en los secretos

de nuestras gentes hablaba como en sus negocios mismos.

El es, no me queda duda;

todo lo adivino a un tiempo:

de la muchacha el galán,

de doña Aldonza el cortejo,

de Guzmán el enemigo

y de todos el infierno

¡Oh! Todo me sobra ahora:

valor, honra, vida y celos.

ROB.—Don Albar, dadme la mano.

ALB.—¿Despedida es?...

ROB. Para lejos.

ALB.—¿Dónde os vais?

ROB. Do iremos todos: en la plaza nos veremos.

ALB.—¿Despechado estáis?

ROB. Lo estamos.

ALB.—¿Tanto como yo, Robledo?

ROB.—He visto al diablo las uñas.

ALB.—¡Y yo las alas al cuervo!

## PARTE SEGUNDA

**Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla; trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo, cerrada, y secretas a los lados.**

*Padilla, que está en la escena. Don Pedro y Teresa que entran.*

PED.—¿Está?

PAD.—Todo.

PED.—¿Y el muchacho?

PAD.—Ya espera.

PED.—¿Sabe el papel?

PAD.—¡Ojalá todos como él!

PED.—¿Cumplirá, pues?

PAD.—Sin empacho,

que trae brío.

PED.—Bien está;

guarda a esa muchacha bien

y que en el salón estén,

cuando vuelva, todos ya.

Teresa, sigue a ese hidalgo;

y pues invocas la ley,

él te llevará hasta el rey,

que te hará justicia en algo.

*(Aparte a Padilla.)*

Prendedme aquella mujer;

Guzmán, que por pies no tome,

y el que en palacio hoy asome

a salir no ha de volver. *(Vase.)*

*Padilla introduce a Teresa por una puertecilla, por la que él se va después de abrir las puertas del fondo a su tiempo.*

PAD.—Venid y esperad aquí.

TER.—¿Dónde me lleváis, señor?

PAD.—Vos os lo sabréis mejor;

callar me mandan a mí.

*Padilla abre las puertas del fondo, que dan a una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Levi, Robledo, Colmenares y los demás conjurados, prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo, Samuel y otros conjurados.*

UNO.—¿Llegó la ocasión?

SAM.—Llegó.

OTRO.—¿Y el moro?

SAM.—Respondo de él

PRI.—¿Mas no decís?...

SAM.—Será fiel.

SEG.—¿Razón hay?

SAM.—Me la sé yo.

No ha una hora que recibí

un segundo pergamino;

todo irá por su camino.

OTRO.—¿Colmenares?

SAM.—*(Vuelven a mirarle.)* Vedle allí.

PRI.—¿Y entraron los de Guzmán?

SAM.—Es nuestra toda Sevilla.

No hay temor, tendrá Castilla

rey mejor.

SEG.—Por tal le dan.

*(En otro grupo, Colmenares y otros.)*

JUAN.—¿Habéis esparcido bien

por el vulgo mi noticia?

UNO.—Todos dicen que es justicia.

JUAN.—¿Y habrá tumulto?

OTRO.—También.

OTRO.—¡Oh! es obra de religión

la del Papa.

PRI.—Sí, en verdad;

pero el pueblo, en realidad,

no merece excomunió.

*(Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.)*

MAC.—El rey.

*Dichos, don Pedro, a cuya salida doblan todos la rodilla.*

PED.—Alzaos, vasallos.

CON.—¡Qué orgullo!

PED.—Vengan a mí

Colmenares y Levi.

CON.—*(Así pide los caballos.)*

PED.—Samuel, en los labios veo

que las palabras te bullen;

y palabras que se engullen,

se indigestan, según creo.

JUAN.—Señor, vuestros nobles son

los que presentes están.

PED.—Hola, os entiendo, don Juan.

Es mi capa la ocasión

de la advertencia. ¿Es decir,

que esa ilustrísima grey

necesita ver si el rey

es curioso en el vestir?

Quitadme esa capa, pues,

*(Lo hace don Juan, y aparece armado, a cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.)*

ALG.—¡A la audiencia viene armado!

PED.—Este es traje de soldado,

y el rey un soldado es.

*(Oyese un ruido fuera, y gente que arma tumulto por el fondo.)*

PED.—¿Qué es eso?

JUAN.—Es que la canalla

se agolpa a veros aquí.

PED.—¿La canalla a verme a mí?

Que entre, pues.

JUAN. Mirad la valla, señor, que de la nobleza justamente la divide.

PED.—¿Para quien justicia pide es estorbo la pobreza?

¿Creéis, don Juan, que me asombra esa muchedumbre, acaso,

o tema a su tosco paso que me estropee una alfombra? Que entre mi pueblo en mi casa.

(*Lléñase la escena de gente de todas condiciones.*)

Rey soy de toda Castilla, y no ha de haber en Sevilla para hablar con el rey tasa.

Que vea mi pueblo entero, hoy que embajadas recibo, quién es su rey. (¡Por Dios vivo, que los vean, eso quiero!)

UN NOBLE.— (¡Con la turba nos [confunde el insolente!)

OTRO. (¡Habrá mengual)

OTRO.—(A los dos.)

(Hable el hierro por la lengua y esa alta torre se hunde.)

PED.—Que entren los embajadores que espero.

(*Abrese una puerta lateral, y aparecen el legado del pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada, cercados de sus respectivos acompañamientos.*)

*Dichos, El Legado y el moro.*

MORO. Antes he de ser.

LEG.—¡La Iglesia a un infiel ceder!

PED.—¡Voto a!... ¿Qué es esto, señores? [res?

Entrad los dos a la par; que aunque a un tiempo habléis los dos, palabras tengo, por Dios, con que a los dos contestar.

UNO.—(¡Descreído!)

OTRO. (Así se hará enemiga a toda Europa.)

SAM.—(Esto marcha.) (*A don Juan.*)

JUAN.—(A Samuel.) (Viento en popa.)

PED.—Vamos a ver: ¿habláis ya?

MORO.—Gran señor... (*A un tiempo.*)

LEG.—(*Idem.*) Rey de Castilla...

PED.—(*Al moro.*)

Que hablaras tú, fuera justo; mas demos al papa gusto que al cabo tiene su honrilla.

CON.—(Ved, todo sale adelante.)

SAM.—(Mirad por todo el salón nuestras gentes en montón.)

CON.—(Y el moro, que fué constante.)  
LEG.—Rey de Castilla: yo, en nombre del pontífice romano,

y él en el del soberano Dios, que espiró por el hombre,

te decimos: Que teniendo tus pecados y delitos

en número de infinitos y tu pertinacia viendo;

viendo las continuas guerras, escándalo y mortandad

con que tiene tu impiedad tiranizadas tus tierras;

te requerimos de hoy más, que, retiradas tus gentes

de Aragón, allí no intentes derecho alguno jamás.

Y si por tenaz capricho no desistes de tu afán,

tus reinos por ello van a sufrir un entredicho.

Rey don Pedro, tales son mis encargos; si Castilla

hoy al papa no se humilla, caerá en ti su excomunión.

COR. — (¡Qué escándalo! ¡Excomulgada

la nación sólo por él!)

OTRO.— (¡Contra ese monstruo cruel toda la tierra indignada!)

PED.—¿Acabásteis? (*Al legado.*)

LEG. Acabé.

PED.—Pues ahora me toca a mí. Lo que hoy os respondo aquí

diréis a Roma.

LEG. Eso haré.

PED.—Puesto que el rey de Aragón conmigo lidió esta guerra,

y solamente a mi tierra alcanza su excomunión,

o por ello su eminencia nos excomulga a los dos,

o le cuelgo, ¡voto a Dios! a la puerta de la audiencia.

Si Roma no sabe leyes, yo meteré en esa villa

diez mil lanzas de Castilla, y verá quién son sus reyes.

LEG.—¿Eso más?

PED. No me replique.

O parte para Aragón a doblar la excomunión,

o, a mi enojo roto el dique, envío en un saco a Roma

tu cabeza, y echo al río, cardenal, el tronco frío

a que el agua se lo coma.



Salid.  
LEG. En Roma diré...

PED.—Decid cuanto os dé la gana;  
mas si aquí os hallo mañana  
mala embajada os daré.

ALGUNOS.—(¿Qué es esto?)  
Dichos, menos el Legado.

PED.—(A la multitud.)  
Y murmullos fuera.

Si hay a quien escandalice  
lo que con ese hombre hice,  
vaya con él donde quiera.

Habla. (Al moro.)

MORO.—Gran señor: un rey  
que allá en el Genil habita,  
vuestra amistad solicita,  
aunque en enemiga ley.

De joyas corto presente  
(Muestra los regalos, telas, etc.)

os hace; admitid, señor,  
esta ofrenda hecha al valor  
por un enemigo ausente.

PED.—(Sin hacer caso de Marcos  
Martín.)

Colmenares, ven acá.

Departamos, que es mejor  
que oír a este embajador,  
que a fe que pesado está.

MORO.—¿Me oís, señor?

PED. Sí, decid;

os entiendo bien, amigo.

¿Sabéis, don Juan, lo que digo?

JUAN.—¿Qué, señor?

PED. Que es muy feliz

el fallo del tribunal  
en tu causa.

JUAN. Sí, pardiez;  
me insultó con altivez,  
y allí le maté. ¿Hice mal?

PED.—Y si fué, te lo perdono.

Pero no falta quien quiera,

don Juan, que el que mata, muera.

JUAN.—Mi honor tengo yo en mi abo-

[no,

señor...

MORO.—(Al rey.)

Que os hablo en nombre  
del rey mi señor.

PED. Ya escucho;

seguid, seguid.

COR. (Esto es mucho.)

PED.—(A don Juan.)

Cuenta, don Juan, que es muy hombre  
quien lo intenta, aunque rapaz,  
y que hay justicia... A esa puerta

llamaron; mirad quién es,

Colmenares.

SAM. (¡Tiento, pues!)

CON.—(A otros.)

(Amigos, estad alerta.)

Un momento de silencio. Cuando Col-

menares llega a la puerta que don Pe-

dro le señala, suena el esquilón de Pa-

lacio, y abriéndose la puerta de re-

pentente, don Juan se halla frente a Blas,

que le da de puñaladas. Teresa, que

sale trás él, queda horrorizada en me-

dio de la escena. Los conjurados dan,

en la confusión, el grito convenido, y

se van hacia el rey, a cuyos lados esta-

rán ya Padilla y los ballesteros rea-

les, con las lanzas y arcos tendidos.

Padilla echa en los hombros de don

Pedro el manto real, y tomando éste

de un doncel su capacete ceñido con

la corona de oro, se planta en medio

de la escena, apoyado en aquella par-

tesana con puño de bastón, que dicen

que usó en algún tiempo.

CON.—¡Castilla por don Enrique!

PED.—¡Castilla por don Pedro el Cruel!

(Retroceden.)

Eso de hoy más verá en él,

pues rompió Castilla el dique.

Pues resiste el blando yugo

de mi igual y justa ley,

dudará al ver a su rey

si es su rey o su verdugo.

(A Juan Cortacabezas, que ha esta-

do entre la turba.)

Acá. Toma esa invención

con mi sello y mi cuchilla,

y a preguntar ve a Sevilla

si es mi hacha a mi bastón.

Verdugo real te nombro;

toda la ciudad pasea,

y que mi pueblo te vea

por doquier con eso al hombro.

PAD.—Señor ¿qué será mañana

de ese furor la memoria?

PED.—Padilla, dirá la historia

lo que le diere la gana;

mas si piensan sin rebozo

esos avaros monarcas

partir mi reino y mis arcas

porque me ven rey tan mozo,

yo haré que mi reino quede

con honra como español,

y haré ver que sólo el sol

tenerle debajo puede.

PAD.—Señor, que veais justo es

que las naciones enteras

tremolarán sus banderas

contra vos.

PED.—(Con fiera.) ¡Que vengan, pues!  
Yo haré tragar a Aragón,  
a Roma, a Navarra y Francia,  
a los unos su arrogancia,  
y a la otra su excomunión.

Vasallos: el soberano  
que oye, ve, juzga y sentencia,  
abierta tiene su audiencia  
para el noble y el villano.  
Que si cruel tengo de ser,  
preciso será primero  
que me apreciéis justiciero  
para saberme temer.

(Se sienta en el trono.)

Samuel, ¿conoces a ese hombre?

(Al verdugo.)

SAM.— Yo, señor... (Temblando.)

PED. ¿No le escogiste  
para un muerto que aún existe  
y de quien callaste el nombre?

SAM.— Señor...

PED.—(Al verdugo.)

Tu ración es esa;  
llévatela y no hay perdón.

Samuel, hallaste al león,  
y es fuerza darle una presa.

(Se lo llevan.)

Ballesteros, el camino  
sabéis, y os los he marcado;  
llevad los que os he contado  
cada cual a su destino.

*A una señal de don Pedro se apoderan sus soldados de todos los conjurados, y del embajador Marcos Martín, etc.*

PED.—Rapaz, acércate aquí. (A Blas.)  
¿Mataste a ese hombre?

BLAS. ¡Piedad,  
señor, sabéis la verdad!

PED.—Díselo a todos, no a mí.

BLAS.—Mató a mi padre, señor,  
y el tribunal, por su oro,  
privóle un año del coro.  
que en vez de pena es favor.

PED.—¿Lo oís? As. el tribunal  
a un asesino juzgó.

Sentencia, pues, daré yo  
para el vengador igual.

¿Qué es tu oficio?

BLAS. Zapatero.

PED.—No han de decir, vive Dios,

que a ninguno de los dos  
en mi justicia prefiero.

Pesando ambos desacatos,  
si en un año cumplía él  
con no rezar, cumples fiel  
no haciendo en otro zapatos.

(A Teresa.)

Teresa: está ya demás  
repetirte mis consejos:  
ama a Pedro desde lejos,  
no se lo digas jamás.  
Puedes marido elegir,  
que al cabo es mucho mejor  
morir pobre y con honor  
que dama del rey vivir.

TER.—A vuestras plantas postrada,  
señor, de mi orgullo loco  
pidoos perdón.

PED.—(A Teresa.) Mal es poco;  
vete, que vas perdonada.

(A los que quedan en la escena.)

¡Vosotros, canalla vil,  
turba, cobarde e ingrata,  
que conspiráis de reata  
en muchedumbre servil,  
id; por necios os perdono!  
¡Id de mi reino, insensatos,  
que no quiero mentecatos  
en derredor de mi trono!  
¡Fuera!

*Don Pedro y Padilla.*

PED.—Traedme, Padilla,  
de paso esos dos menguados,  
que han de caminar atados  
como perros en trahilla.

*Don Pedro, Padilla, don Albar y doña Aldonza.*

PED.—Ahí tenéis vuestra mujer;  
si no os da mengua tenella  
podéis aún vivir con ella;  
si no, un convento escoger.  
Mas tened cuenta, Guzmán;  
si en mis reinos os encuentro  
dos horcas frontera adentro  
desde hoy os aguardarán.  
Que mientras pueda mi ley  
sonar por ambas Castillas  
la han de escuchar de rodillas  
desde el zapatero al rey.

TELON

### ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Eene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-153. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176.-La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-205. El As.-104. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte).

**Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.**

(\*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA y las señaladas con uno serán en breve publicadas.

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Madrid y Provincias	Extranjero
La Novela Corta..... Año	7,50	10,00
La Novela Teatral..... »	11,50	14,00
Novela Corta-Novela Teatral (Suscripción combinada.) »	17,00	22,00

La suscripción empieza con el primer número de cada mes.

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

**Madrid.---3, Calvo Asensio, 3.---Apartado 498**



Marca Registrada

## FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasas)  
 Véase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas. Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARREIRA. Muñoz Torrero, 6. MADRID

**80**  
Centimos  
CAJA

**Pildoras Saludables**

DE  
**MUNOZ**  
LAXANTES PURGANTES -

EN TODAS LAS FARMACIAS

**20**  
Dosis

**HIPOFOSFITOS SALUD**

RECONSTITUYENTE  
PODEROSO

Rogamos a nuestros corresponsales y suscriptores que nos remitan la correspondencia en la siguiente forma:

Sello

**PRENSA POPULAR**

Apartado 498.

MADRID

Treinta y un años de éxito creciente.



El Tónico mas  
eficaz y de efectos  
mas seguros para  
la neurastenia y  
debilidad general.

**HIPOFOSFITOS SALUD**

# SELLO BESOY

**CURA INSTANTANEAMEN-  
TE EL DOLOR DE CABEZA**

**NO CONTIENE NARCÓTICOS**

**SOLO CUESTA  
30 CENTIMOS**

